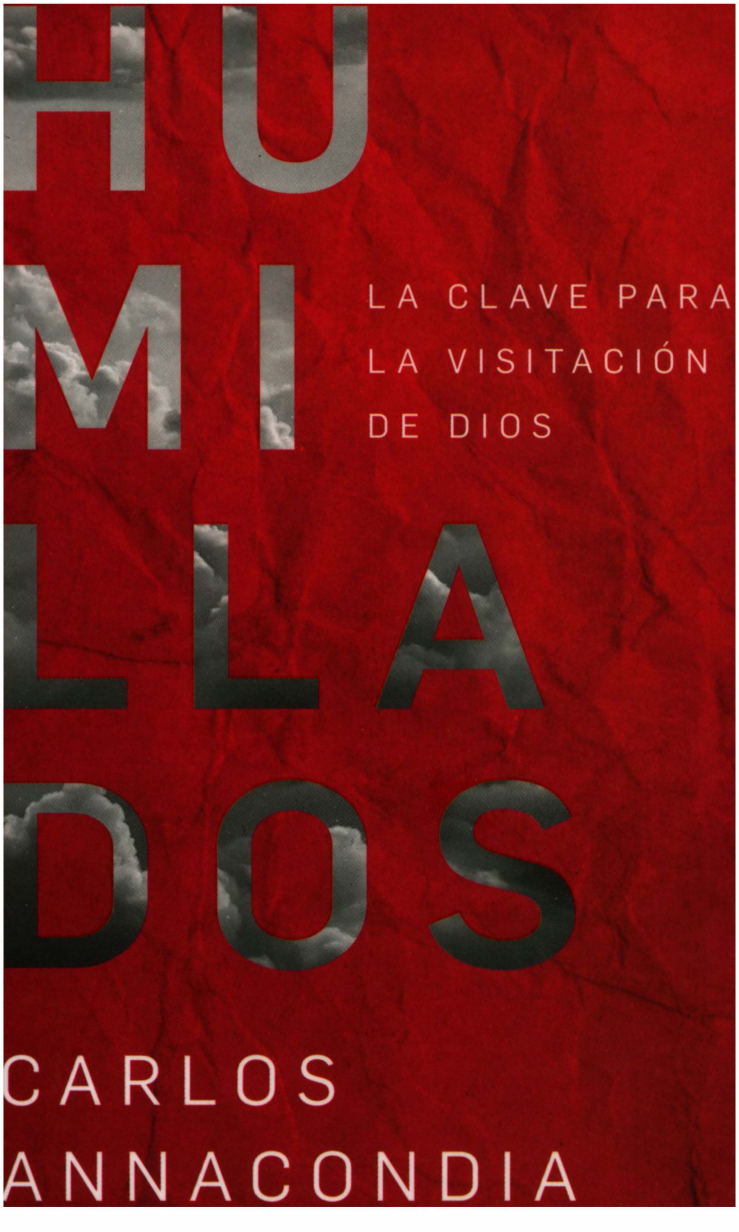
HUMILLADOS
LA CLAVE PARA
LA VISITACIÓN
DE DIOS
CARLOS
ANNACONDIA

Cada vez que predico el Evangelio soy consciente de algo: si no tengo el privilegio de ver al Espíritu Santo obrar con libertad, salvar y transformar personas, sanar a los enfermos, liberar a los cautivos y traer restauración a las familias, mi alma no podría resistirlo.

Hoy en día, como Iglesia portadora de las Buenas Nuevas, necesitamos humillarnos y clamar para ver la mano sobrenatural de Dios moverse a favor de los que sufren. Jamás nos conformemos con menos.

—CARLOS ANNACONDIA

CARLOS ANNACONDIA está casado con María, y tiene nueve hijos y quince nietos.

El 19 de mayo de 1979 entregó su vida a Jesús. A partir de ese momento, una pasión por predicar el Evangelio cautivó su corazón hasta el día de hoy.

En el año 1981 comenzó su ministerio como evangelista, predicando el mensaje de Jesucristo en las villas de emergencia del Gran Buenos Aires. En la actualidad, ha recorrido muchos países llevando el mensaje que transformó su vida y la de su familia.

ISBN: 978-1-949238-09-9
9 781949 238099

PENIEL | *Libros para siempre*
www.peniel.com

HUMILLADOS

HUMILLADOS

LA CLAVE PARA LA VISITACIÓN DE DIOS

CARLOS ANNACONDIA

PENIEL
BUENOS AIRES - MIAMI - SANTIAGO
www.peniel.com

Humillados
Carlos Annacondia

1a edición

Editorial Peniel
Boedo 25
Buenos Aires, C1206AAA, Argentina
Tel. 54-11 4981-6178 / 6034
e-mail: info@peniel.com
www.peniel.com

ISBN 978-1-949238-09-9

Las citas bíblicas fueron tomadas de la Santa Biblia, Nueva Versión Internacional (NVI), a menos que se indique lo contrario. Copyright © 1999 por Bíblica, Inc.

Diseño de portada e interior: Arte Peniel • arte@peniel.com

Impreso en los talleres gráficos Del Reino Impresores S.R.L.
Cerrito 1169, Bernal Oeste, Buenos Aires, Argentina
Junio de 2018
Tirada: 3.000 ejemplares

©2018 Editorial Peniel

LIBRO DE EDICIÓN ARGENTINA

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial, la distribución o la transformación de este libro, en ninguna forma o medio, ni el ejercicio de otras facultades reservadas sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes vigentes.

AGRADECIMIENTOS

Quiero agradecer profundamente a mi esposa María. Ella ha sido y es la ayuda idónea que Jesús puso a mi lado. Por muchos años, mientras me encontraba lejos del hogar sirviendo al Señor en las campañas, me ha respaldado con sus oraciones. Fueron largos días, la mayoría de las veces entre cuarenta y sesenta sin interrupción, y varias veces al año.

Ella fue quien desde el cuartel general (nuestro hogar) ha levantado un altar de oración y devoción a Dios, manteniendo siempre firme su confianza en Él. Además, ha atendido incansablemente y con suma responsabilidad a nuestros nueve hijos, cuidándolos en sus estudios, corrigiendo, educando, manteniendo nuestra casa siempre impecable. Me ha esperado con alegría en aeropuertos, estaciones de servicio o, simplemente, en la puerta de nuestro hogar, siempre con una sonrisa de bienvenida en su rostro, sin emitir un reproche. Nunca me hizo sentir culpable por mis ausencias.

Ha estado presente en el hogar y la familia, pero con su corazón interesado en las maravillas que el Señor hacía

en las campañas. Fue ella quien muchas veces condujo su automóvil durante largas horas, recorriendo cientos y miles de kilómetros en nuestro país y también en países limítrofes, para llevar a nuestros hijos y hacer así posible que la familia estuviera reunida los fines de semana durante las campañas.

Si hoy puedo volcar las experiencias que he vivido en congresos, seminarios, escritos, libros, es porque Jesús puso a mi amada esposa como un ángel para guardar mis espaldas.

¡Gracias María! Porque representas el 51% del ministerio que Jesús nos entregó un día, hace treinta y dos años.

Gracias, también, a Moisés y a Sabrina, mi hijo y mi nuera. Ellos recopilaron mis predicaciones. Insistieron, trabajaron, lucharon para que este mensaje saliera del anonimato.

Y a nuestro amado Salvador Jesucristo, el dueño de todo. ¡A Él sea la gloria y la honra por siempre!

SOBRE EL AUTOR

Carlos Alberto Annacondia es argentino, nacido en la ciudad de Quilmes, en la provincia de Buenos Aires. Está casado con María, junto a la cual ha formado una familia, a la fecha compuesta de sus nueve hijos y quince nietos.

El 19 de mayo de 1979 entregó su vida a Jesús y, a partir de ese momento, una pasión por predicar el Evangelio cautivó su corazón hasta el día de hoy.

Al poco tiempo de haber entregado su vida a Cristo, en el año 1981, comenzó su ministerio como evangelista, predicando el mensaje de Jesucristo en las villas de emergencia del Gran Buenos Aires. Al día de hoy, ha recorrido muchos países llevando el mensaje que trasformó su vida y su familia.

EL PORQUÉ DEL TÍTULO

La historia comienza hace treinta y tres años, cuando apenas convertido recibo el bautismo del Espíritu Santo. De una manera sobrenatural, empiezo a ver la necesidad de la gente, y un profundo sentimiento de dolor y compasión llenó mi corazón.

El Espíritu Santo me llevó a profundos períodos de oración; pasaba mucho tiempo solamente llorando delante de la presencia de Dios, clamando por la gente a la que veía tan necesitada.

El rey David expresó claramente ese sentimiento —y su experiencia me invadió y cambiaría mi vida para siempre—, cuando declara: *"Cansado estoy de sollozar; toda la noche inundo de lágrimas mi cama, ¡mi lecho empapo con mi llanto!"* (Salmo 6:6).

Recuerdo aquellas oraciones como si fueran hoy. Aunque no lo entendía por estar recién convertido, pasaba al pie de mi cama mucho tiempo llorando y clamando, al punto de dejar las sábanas mojadas por las lágrimas que derramaba delante de Dios.

Así transcurrió un gran tiempo, de solo orar, llorar y gemir por la necesidad latente de las personas. Fue allí, *humillado*, rendido en la presencia de Dios, donde Él comenzó a mostrarme que había algo muy importante que yo podía hacer por esa gente con tanta necesidad. Entonces entendí el secreto de la humillación, comprendí la clave de estar rendido, clamando y gimiendo delante de la presencia de Dios.

Esa humillación sincera, de corazón, produjo que Dios revelara su plan para mi vida y mi familia; algo que jamás llegué a imaginar. Desde ese lugar de humillación, Él comenzó a gestar un propósito claro que cambiaría el rumbo de este empresario para siempre.

La Biblia declara: "... si mi pueblo, que lleva mi nombre, se humilla y ora, y me busca y abandona su mala conducta, yo lo escucharé desde el cielo, perdonaré su pecado y restauraré su tierra" (2 Crónicas 7:14).

Maravillosa y reveladora verdad para este tiempo de tanta necesidad de cielos abiertos.

Amada Iglesia de Jesucristo, el camino es la humillación, la rendición delante del Rey de reyes sabiendo que nada somos, que necesitamos de Él, que lo anhelamos, que queremos seguir sus pisadas y llevarlo a un mundo que gime de dolor.

Para que este mundo sea conmovido, la Iglesia primeramente debe ser visitada, y para que esto ocurra, debemos *aprender a humillarnos delante de Dios.*

—Carlos Annacondia

CONTENIDO

Agradecimientos 5

Sobre el autor 7

El porqué del título 9

Prólogo 13

Introducción 15

CAPÍTULO 1

El secreto del avivamiento 19

CAPÍTULO 2

El secreto del avivamiento 31

CAPÍTULO 3

Conocer al adversario 47

CAPÍTULO 4

La autoridad de Satanás. 59

Capítulo 5

Consumado es 71

Capítulo 6

El Evangelio encubierto 89

Capítulo 7

Un llamado a la madurez espiritual 109

Anexo 115

Campaña 1984 119

Testimonios 125

PRÓLOGO

En la Biblia, el Libro de Dios, el apóstol Pablo dice: *"No me avergüenzo del evangelio, pues es poder de Dios... "* (Romanos 1:16). Y es ese Evangelio de poder el que Dios nos regaló a todos los hombres, si nos atrevemos a confiar en Él y en su Palabra, creyendo que todo lo que en ella está escrito es Sí y Amén, por los siglos de los siglos.

Por eso este libro propone el desafío a cada hombre y mujer de creer en el poder de Dios para salvación, liberación, sanidad, restauración y victoria aquí en la Tierra.

Dios es un Dios de poder y de amor. Lo demostró a través de su Hijo Jesucristo, quien derramó hasta su última gota de sangre en la cruz del Calvario por todos nosotros, pues Él no desecha a nadie, sino que su amor y poder alcanzan a todos los que se atreven a confiar y a creer en Él.

Dios quiere hacer realidad en tu vida cada testimonio de este libro. Porque de la misma manera lo hizo en nosotros a lo largo de estos años, desde aquel día que, junto

a mi esposo Carlos, entregamos nuestro corazón, nuestra vida y todo lo que poseíamos en las manos de Jesús.

Pasaron ya muchos años, más de treinta, y el Señor nunca nos ha fallado, ni a nosotros ni a nuestra familia. Él permanece fiel en cada circunstancia que debemos atravesar, por más difícil que sea. Hemos gustado de su amor y poder en nuestro matrimonio, porque Dios nos enseña a perdonarnos, comprendernos y amarnos. En cuanto a nuestros hijos, nos fue guiando y enseñando a confiar en Él para criarlos en su amor y temor. Y cuando vienen la enfermedad o los problemas, el Señor nos va mostrando cada día que el único camino hacia la bendición es confiar en su poder y aprender a apropiarnos de sus promesas, las cuales son para todos sus hijos, los que viven conforme a su Palabra.

Queridos lectores, que este libro nacido en el corazón de Dios sea una fuente de inspiración y bendición para cada uno de ustedes.

—María Annacondia

INTRODUCCIÓN

Fue un 12 de marzo de 1944 cuando abrí mis ojos por primera vez al mundo. Mis padres, Vicente Annacondia y Zunilda Alonso, me recibían como el segundo de los tres hijos varones que tendrían. Viví los primeros años de mi infancia y adolescencia en un hogar humilde, una familia como la que cualquiera podría tener. Con tan solo 10 años, comencé a aprender lo que significan las palabras trabajo y esfuerzo, aunque no lo hice por elección, sino por necesidad.

Con mi vida formada y siendo un hombre con un empleo estable, conocí a María, mi esposa, y decidimos formar una familia. Los años pasaron, y los hijos comenzaron a venir. Teníamos un hogar y una posición económica muy buena, mucho mejor de lo que cualquier familia común podía esperar. Pero recién a los 35 años de edad comencé verdaderamente a vivir. Había nacido treinta y cinco años atrás, pero el 19 de mayo de 1979 recibí la vida. Ese fue el día de mi nacimiento, cuando Jesús por primera vez se acercó a mí. Apenas una semana

después de haberlo recibido como mi Salvador, fui bautizado con su Espíritu Santo.

A partir de ese momento, la pasión por contarle al mundo entero acerca de ese Jesús que pudo transformar mi vida, mi familia y todo lo que soy comenzó a llenarme y a darle rumbo y sentido a mi vida. Hoy, treinta y dos años después, aquella misma pasión sigue llenándolo todo: mi vida, mis sueños, mis proyectos... Y fue ese llamado magnífico el que me llevó por todo el mundo con el fin de contarles a las naciones y los pueblos de toda lengua acerca del Cristo que murió y resucitó para darnos la victoria por la eternidad.

La Biblia nos enseña lo hermosa y maravillosa que es esta tarea de evangelizar y la importancia primordial que tiene para nuestro Señor Jesucristo. Al leer la Escritura, me di cuenta de la suprema tarea que tenemos como Iglesia, como Cuerpo de Cristo, de salir, ir, anunciar, proclamar, contarles a todos que Él es el camino, la verdad y la vida. Este fue el pasaje:

> *Les dijo: "Vayan por todo el mundo y anuncien las buenas nuevas a toda criatura. El que crea y sea bautizado será salvo, pero el que no crea será condenado. Estas señales acompañarán a los que crean: en mi nombre expulsarán demonios; hablarán en nuevas lenguas; tomarán en sus manos serpientes; y, cuando beban algo venenoso, no les*

hará daño alguno; pondrán las manos sobre los enfermos, y estos recobrarán la salud".

—MARCOS 16:15-18

En mis treinta y dos años de ministerio, he visto con mucha tristeza cómo, a lo largo y ancho de este mundo, la Iglesia ha hecho a un lado este mandato. Para algunos, la tarea de evangelizar se ha convertido en un pesar; para otros, es simplemente una obligación más, un evento dentro de un calendario, una agenda. Concebir la evangelización de esta manera es lo que hace que, sin darnos cuenta, fracase.

Esta es la razón por la cual decidí escribir este libro: contarte, a la luz de su Palabra y de lo que Dios me ha enseñado a lo largo de todos estos años, qué significa el evangelismo.

Como Iglesia de Jesús, debemos comprender que la tarea suprema de evangelizar es un llamado a hacer guerra espiritual. En palabras más simples, evangelizar es poner en práctica la guerra espiritual. Es salir de las cuatro paredes del templo para ir al territorio enemigo, a un lugar llamado mundo, a las plazas, los parques, las calles... allí donde Satanás tiene el control, el imperio y el dominio de las vidas esclavizadas por el pecado. Es salir fuera del cuartel general —donde los soldados se preparan para la batalla— para penetrar en el campo del adversario. Y no solo esto, evangelizar es arrebatarle al diablo de sus mismas garras las vidas que tiene atrapadas.

Tenemos una misión clara en Marcos 16:15-18, contamos con la estrategia en 2 Corintios 4:34 y Efesios 6:10-18 nos muestra las herramientas necesarias para llevarla a cabo. Además, como Iglesia de Jesús, poseemos la autoridad para ordenar al diablo que suelte las almas para que el Evangelio pueda resplandecer en toda la Tierra.

Tan maravillosa es la Palabra de Dios que nos da el llamado, nos muestra el problema y nos ofrece la solución. Depende de nosotros poner por obra todo lo que en ella está escrito.

Es mi oración que tu vida sea movida a la pasión por evangelizar. Para que comprendas, seas consciente y puedas ejercer la autoridad que Dios te ha dado para derrotar al diablo, para que muchos conozcan a Jesús. Y que puedas convertirte en un cristiano de ferviente oración a favor de aquellos que tienen profunda necesidad de conocer a Cristo. Hoy más que nunca debemos clamar a Dios por los necesitados, al mismo tiempo que salimos a buscarlos.

"Querido Jesús, que las líneas de este libro puedan inspirar a muchos a llevar tu Palabra con la autoridad que nos has otorgado y poder ver los resultados que nos prometiste. Amén".

Capítulo 1

EL SECRETO DEL AVIVAMIENTO

Primera parte

Un día me encontré con Esteban Hill y su esposa,[1] quienes me relataron una experiencia vivida en una de nuestras cruzadas en la Argentina. El matrimonio Hill había viajado como misionero a nuestro país, y uno de sus objetivos era visitar una campaña evangelística, porque había llegado hasta sus oídos el comentario del gran mover de Dios, y querían conocer el porqué de aquellas asombrosas conversiones, milagros y liberaciones. Así fue que se acercaron una noche a la campaña. Mientras

1. Esteban y Jerry Hill fueron misioneros en el sur de la Argentina por varios años. Cuando regresaron a su país, el Espíritu Santo los usó para derramar un avivamiento que, desde Pensacola, Estados Unidos, recorrió el resto del mundo.

estaban entre la multitud (y sin haber conversado con nadie acerca de aquella inquietud que los movía), se les acercó un individuo desconocido. Sin preámbulos ni presentación, les hizo la siguiente pregunta:

—¿Quieren conocer el fundamento de esta victoria espiritual?

—Sí —fue su inmediata respuesta.

El desconocido los guió entre la multitud, abriéndose paso hasta llegar detrás de la plataforma donde se estaba dando el mensaje de Jesucristo. Allí debajo se encontraban cientos de personas que llevaban muchas horas de intercesión profunda, orando, llorando, clamando y gimiendo junto a María, mi esposa, que los acompañaba. Al ver esto, el individuo, al cual nunca más volverían a ver, les dijo:

—He aquí el secreto.

Desde el principio de nuestro ministerio, Dios nos mostró que la oración y la intercesión profunda eran parte vital de la victoria espiritual que Él nos daría. Al oír este relato, el Señor volvió a confirmarme esta preciosa verdad.

Mucho se ha hablado acerca de la oración. Sabemos, además, que hay variadas maneras de orar y distintos tipos de oración, pero yo quiero hablarte acerca de la intercesión.

La intercesión nace en el mismísimo altar de Dios, cuando hay un corazón que sufre por los perdidos, por ver al mundo caminar hacia la perdición, sin esperanzas.

Si miramos en la Palabra del Señor, encontramos

enseñanzas acerca de lo que es la verdadera intercesión. Levítico 6:12-13 nos dice:

> *Mientras tanto, el fuego se mantendrá encendido sobre el altar; no deberá apagarse. Cada mañana el sacerdote pondrá más leña sobre el altar, y encima de este colocará el holocausto para quemar en él la grasa del sacrificio de comunión. El fuego sobre el altar no deberá apagarse nunca; siempre deberá estar encendido.*

El fuego arderá continuamente

La obligación del sacerdote era mantener siempre la llama encendida; debía poner leña en el altar *"cada mañana"*. Hay un altar encendido —el altar personal—, donde aquellos que oramos le pedimos a Dios por nosotros, por nuestra familia, por el país, por el gobierno, por la Iglesia, por los que sufren. La misma figura es válida para nuestras vidas en la actualidad, a pesar de que nuestro sacerdocio ya no es como en el Antiguo Testamento. Cada mañana debemos reavivar el fuego del altar. Si dejamos que se apague, estaremos fallando en el principio que Dios nos enseña. Debemos mantener nuestro altar, nuestra devoción a Dios encendida. No podemos dejarlo apagar bajo ningún concepto.

Muchas veces, el apuro y las numerosas actividades hacen que nuestro tiempo de oración sea casi una obligación: "Señor, bendíceme en este día. Guarda mi vida, mi

familia... Amén". Dios nos demanda otra cosa. Mantener el fuego encendido implica algo más de trabajo que solo acercarnos al altar.

Es sabido que el fuego es uno de los principales elementos que combaten las impurezas, los gérmenes y los microorganismos nocivos para la salud. "El fuego lo mata todo", dicen por ahí. Lo mismo ocurre con el fuego del altar: lo quema todo. Cuando nos encontramos frente al altar, ante el fuego encendido, el Señor se encarga de quemar todas nuestras impurezas.

Dios busca hombres y mujeres que se pongan de rodillas frente a Él, velando no solo por sus necesidades, sino intercediendo por aquellos que sufren. Cuando lo hacemos, nuestra oración llega hasta el mismo trono de Dios.

Al inclinar nuestra vida ante Él, debemos procurar introducirnos a su presencia, llegar hasta su misma corte. Allí, donde todo el ejército de los cielos día y noche le adora; donde hay ángeles, arcángeles, querubines, serafines y ancianos. Junto a ellos, debemos arrojarnos a los pies de Jesús. Si en nuestro corazón entendemos que hemos llegado a ese lugar, difícilmente podremos contener las lágrimas y la emoción; sabremos con certeza que Él nos está escuchando.

Dios busca sacerdotes

El Señor nos ha levantado como reyes y sacerdotes. Conocemos muy bien nuestras funciones como reyes, los

privilegios que podemos disfrutar, los beneficios y las promesas con las que contamos por gozar de esa función. Pero no es lo único que se menciona en Apocalipsis 1:6; también hay un sacerdocio. El pasaje dice que *"... ha hecho de nosotros un reino, sacerdotes al servicio de Dios su Padre,"*. Fácil es hacer nuestra la realidad de que reinamos con el Señor Jesús, que nos ha puesto por cabeza, que podemos tomar todas las riquezas y bendiciones de su Reino. Pero lo que el Señor busca en estos tiempos es sacerdotes. Aquellos que estén dispuestos no solo a gozar de las riquezas, sino a sacrificarse por los otros; a quedarse sin el aplauso, porque nadie verá lo que están haciendo; o a perder la voz de tanto gritar diciéndole a Satanás que suelte las almas que tiene atrapadas.

Ambas son nuestras tareas, funciones, privilegios y responsabilidades. Somos reyes (y muchos procuran serlo), pero también somos sacerdotes. ¿Y cuál es la función del sacerdote? Muy simple, el sacerdote es aquel que se interpone entre Dios y el hombre, haciéndose cargo de los pecados del pueblo. Ezequiel 22:30 lo explica así: *"Yo he buscado entre ellos a alguien que se interponga entre mi pueblo y yo, y saque la cara por él para que yo no lo destruya. ¡Y no lo he hallado!"*.

Dios busca hombres y mujeres valientes que quieran exponerse delante de Dios, y no solamente gozar de sus bendiciones.

En las Escrituras, tenemos muchos ejemplos de verdaderos sacerdotes. Encontramos un Moisés que, en repeti-

das ocasiones, se presentaba ante Dios para reclamar por su pueblo:

Moisés se volvió al Señor y le dijo:

—¡Ay, Señor! ¿Por qué tratas tan mal a este pueblo? ¿Para esto me enviaste? Desde que me presenté ante el faraón y le hablé en tu nombre, no ha hecho más que maltratar a este pueblo, que es tu pueblo. ¡Y tú no has hecho nada para librarlo!

—Éxodo 5:22

Volvió entonces Moisés para hablar con el Señor, y le dijo:

—¡Qué pecado tan grande ha cometido este pueblo al hacerse dioses de oro! Sin embargo, yo te ruego que les perdones su pecado. Pero, si no vas a perdonarlos, ¡bórrame del libro que has escrito!

—Éxodo 32:31-32

El pueblo se acercó entonces a Moisés, y le dijo:

—Hemos pecado al hablar contra el Señor y contra ti. Ruégale al Señor que nos quite esas serpientes.

Moisés intercedió por el pueblo.

—Números 21:7

Cuando el pueblo sufría hambre, Moisés clamaba a Dios. Cuando el pueblo tenía sed, Moisés intercedía delante de Dios. Siempre que los israelitas se veían en apretos y sufriendo, allí estaba Moisés cargando con todos los

reclamos del pueblo, haciéndose responsable por ellos frente a Dios.

Daniel fue otro fiel sacerdote para Dios. Sin haber cometido los pecados del pueblo, los hizo propios al clamar en ayuno, lloro y ceniza por el perdón de Dios.

> *Entonces me puse a orar y a dirigir mis súplicas al Señor mi Dios. Además de orar, ayuné y me vestí de luto y me senté sobre cenizas. Esta fue la oración y confesión que le hice: "Señor, Dios grande y terrible, que cumples tu pacto de fidelidad con los que te aman y obedecen tus mandamientos: Hemos pecado y hecho lo malo; hemos sido malvados y rebeldes; nos hemos apartado de tus mandamientos y de tus leyes. Aparta tu ira y tu furor de Jerusalén, como corresponde a tus actos de justicia. Ella es tu ciudad y tu monte santo. Por nuestros pecados, y por la iniquidad de nuestros antepasados, Jerusalén y tu pueblo son objeto de burla de cuantos nos rodean. Y ahora, Dios y Señor nuestro, escucha las oraciones y súplicas de este siervo tuyo. Haz honor a tu nombre y mira con amor a tu santuario, que ha quedado desolado...".*
>
> —DANIEL 9:3-5,16-17

Y podríamos hablar de tantos otros como Abraham, Débora, Jeremías, Joel, Elías y más, quienes no hicieron a un lado su función de sacerdotes, sino que se pusieron en la brecha, delante del Señor, para clamar por otros.

La oración que agrada a Dios

Jesús a través de una parábola quiso enseñarnos que, aunque existen muchas maneras de orar, solo una oración llega al corazón de Dios.

> *Dos hombres subieron al templo a orar; uno era fariseo, y el otro, recaudador de impuestos. El fariseo se puso a orar consigo mismo: "Oh Dios, te doy gracias porque no soy como otros hombres —ladrones, malhechores, adúlteros— ni mucho menos como ese recaudador de impuestos. Ayuno dos veces a la semana y doy la décima parte de todo lo que recibo". En cambio, el recaudador de impuestos, que se había quedado a cierta distancia, ni siquiera se atrevía a alzar la vista al cielo, sino que se golpeaba el pecho y decía: "¡Oh Dios, ten compasión de mí, que soy pecador!".*
>
> *Les digo que este, y no aquel, volvió a su casa justificado ante Dios. Pues todo el que a sí mismo se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido...*
>
> —LUCAS 18:10-14

La oración es más que presentarnos ante Dios para realizar peticiones de manera despreocupada, indiferente. Es derramar nuestra alma con llanto, sabiendo que nada somos delante de Él. Como aquel publicano que lo único que podía hacer era llorar y golpear su pecho, clamando por perdón. Una oración intensa, profunda, nacida del corazón, es la que recibe respuesta de parte de Dios.

Muchas veces nuestra oración es una sucesión de palabras, algo que brota de la mente. Pero la intercesión profunda solo podremos experimentarla cuando hayamos visto el sufrimiento por el cual estamos pidiendo.

¿Cómo puedo orar por un drogadicto si nunca vi a uno morir en un hospital, o nunca sentí a una madre llorar pidiendo desesperadamente ayuda por su hijo? Sabemos que cuando la droga entra en un hogar destruye no solo a aquel que está preso por las cadenas de la adicción, sino que el dolor y el sufrimiento acaban también con los que lo rodean, con toda la familia.

No puedo interceder verdaderamente por un hombre preso del alcohol hasta que no conozca o haya visto la violencia que existe en un hogar cuando alguien es alcohólico. Toda la familia padece violencia, agresión y dolor, al ver la degradación de su ser amado.

Cuando oro por los matrimonios, por las familias, lo primero que viene a mi mente es aquello que he visto cientos de veces en las campañas: niños llorando, tirando de mis pantalones, pidiéndome que ore para que mamá o papá vuelvan a casa, para que tengan nuevamente una familia. Entonces sé por qué pedir, cómo orar, cómo interceder. No me es difícil gemir, porque estoy viendo el efecto que produce un matrimonio destruido. Lo mismo siento cuando entro a un hospital y me acerco a una camilla a orar por un enfermo.

No nos será posible interceder si en nuestros oídos no sentimos ese grito de dolor, el alarido desgarrador de

aquel que sufre, si no podemos ver sus caras agonizando, esperando solo la muerte; personas que están en agonía, gritando de dolor por la enfermedad, pidiéndonos ayuda.

Si estás dispuesto a interceder, prepárate una toalla bien grande porque la vas a empapar con lágrimas. Cuando sintamos el dolor y suframos por ello, no podremos menos que clamar con llantos y gemidos. La Palabra dice: *"El que con lágrimas siembra, con regocijo cosecha"* (Salmo 126:5).

Algunos piensan que el secreto está en el tiempo invertido en la oración. Pero la cantidad de horas repitiendo palabras no es lo importante, sino cómo se realiza esa oración. Yo valoro más una o dos horas de oración con intensidad, con gemidos, con lágrimas, que ocho o diez de una oración que al final nadie soporta.

El mundo gime, ¿a quién enviaré?

Fue en tiempos de intercesión cuando Dios me mostró una visión: Veía ante mí un globo terráqueo, de aspecto gelatinoso, que latía como un corazón. Desde el interior de ese "pequeño mundo" salían alaridos, gritos de terror, de pánico, de dolor, de desesperación; gritos de alguien que era violado o que estaba muriendo; clamor y alaridos de todo tipo y calibre. En medio de todo esto, oí una voz que me dijo: "El mundo gime, ¿a quién enviaré?". Tres veces consecutivas escuché la misma voz y el mismo llamado. Recuerdo que en ese momento, luego de escuchar por tercera vez esa pregunta, dije: "Señor, envíame a mí,

yo iré". Por supuesto, no me imaginaba lo que iba a pasar posteriormente. Simplemente dije: "Señor, envíame a mí".

Dios sigue con esa misma expectativa, buscando gente que esté dispuesta a sacrificar su tiempo, no solo para predicar el Evangelio sino para interceder, gemir, clamar, llorar por aquellos que están en necesidad.

La Biblia enseña que Jesús mismo, al elevar sus oraciones al Padre, lo hacía de esta manera: *"En los días de su vida mortal, Jesús ofreció oraciones y súplicas con fuerte clamor y lágrimas al que podía salvarlo de la muerte, y fue escuchado por su reverente sumisión"* (Hebreos 5:7). Tomemos como sumo ejemplo a nuestro Salvador y comencemos a orar, clamar, gemir, llorar con gran clamor y lágrimas por aquellos que se pierden.[2] No dejemos pasar un solo día sin que esto sea una realidad en nuestras vidas.

2. Clamor: grito fuerte o lastimero, que se profiere con vigor y esfuerzo. Voz lastimosa. Ruego. Súplica: petición hecha con el fin de alcanzar lo que se pide.

Capítulo 2

EL SECRETO DEL AVIVAMIENTO

Segunda parte

A lo largo de los años comprendimos —porque Dios mismo nos lo enseñó— que la guerra espiritual de la que muchos hablan no es una fórmula o una receta que se pueda enseñar fríamente. No es una sucesión de pasos que tengamos que aprender. Se ha comentado extensamente del tema y se han escrito decenas de libros, pero la gran mayoría habla de lo que oyó o cree saber. Muchos podrán utilizar métodos y estrategias para realizar una batalla espiritual. Pero lo cierto es que la guerra espiritual comienza en la intercesión. Es algo que debe nacer en lo más profundo del corazón luego de ver el dolor de la

gente, y así poder establecer una pelea no contra los hombres, sino contra Satanás y su ejército.

¿Por qué la llamamos "guerra espiritual"? Cuando, en términos naturales, nos referimos a una guerra, hablamos de un combate, una batalla, una pelea, un enfrentamiento cuerpo a cuerpo. De la misma manera sucede en el ámbito espiritual. Se trata de una batalla que tenemos contra el diablo y su ejército. La única diferencia con las guerras que conocemos y que se producen entre naciones es que estas utilizan toda clase de armamento: ametralladoras, rifles, misiles, etcétera, cualquier instrumento que pueda herir al oponente. Pero nuestra pelea no necesita de armas carnales, ya que, como afirma 2 Corintios 10:4, *"Las armas con que luchamos no son del mundo, sino que tienen el poder divino para derribar fortalezas"*. La batalla comienza en la oración, en la intercesión profunda.

La oración, fundamento de la guerra espiritual

Puedo contarles historias repetidas de distintas batallas espirituales, las oposiciones del diablo y cómo el Señor nos dio victoria cuando nos paramos a interceder y a guerrear contra el ejército del enemigo.

Sabemos muy bien que no tenemos lucha contra los hombres ni contra las instituciones. Muchas veces los cristianos nos confundimos y entramos en debates. Pero ¿quién es en realidad el que pone palos en las ruedas para que la Iglesia se detenga? Satanás. Detrás de hombres,

legislaciones o de un gobierno que quiere frenar el Evangelio está Satanás, el diablo. Efesios 6:12 nos dice:

> *Porque nuestra lucha no es contra seres humanos, sino contra poderes, contra autoridades, contra potestades que dominan este mundo de tinieblas, contra fuerzas espirituales malignas en las regiones celestiales..*

Un ejemplo bíblico de lo que estoy diciendo se encuentra en el libro de Daniel.

> *Entonces me dijo: "No tengas miedo, Daniel. Tu petición fue escuchada desde el primer día en que te propusiste ganar entendimiento y humillarte ante tu Dios. En respuesta a ella estoy aquí. Durante veintiún días el príncipe de Persia se me opuso, así que acudió en mi ayuda Miguel, uno de los príncipes de primer rango. Y me quedé allí, con los reyes de Persia. Pero ahora he venido a explicarte lo que va a suceder con tu pueblo en el futuro, pues la visión tiene que ver con el porvenir.*
>
> —DANIEL 10:12-14

Dijo el ángel: *"Durante veintiún días el príncipe de Persia se me opuso"*; un príncipe natural no se va a oponer a un ángel. ¿De qué príncipe estaba hablando, entonces? De Satanás. El príncipe que regía y que tenía autoridad sobre Persia se opuso a lo que Dios mandaba como respuesta para Daniel. Eso mismo ocurre hoy; en cada ciudad hay

un principado, potestades que se oponen al accionar de Dios sobre sus hijos.

Si quieres realmente una victoria en tu vida tienes que luchar contra esos espíritus de incredulidad, contra esos demonios que tratan de frenar la bendición de Dios. Pero fíjate cómo funciona: *"Daniel. Tu petición fue escuchada desde el primer día en que te propusiste ganar entendimiento y humillarte ante tu Dios"*. *Entendimiento* significa: comprensión en carne propia del dolor, la necesidad de aquel por el cual clamamos, y *humillarte*: derramar el alma en pedazos delante del Señor, llorar viendo a los drogadictos siendo despedazados por el diablo, a los matrimonios, destruidos, o a los niños, abandonados. Llorar, gemir, interceder con gemidos y dolor por aquellos que sufren. Cuando eso ocurre, Dios mueve todo su ejército y comienzan a derrumbarse las cadenas y las barreras del diablo. Tenemos autoridad para hacerlo, podemos vencer y reconquistar lo que Satanás nos arrebató.

Debemos conocer este principio: *tenemos derecho legal para reclamar y quitar al diablo lo que está usurpando.* Dios nos lo concedió cuando venció en la cruz del Calvario.

Si no logramos la victoria en oración e intercesión profunda sobre estos principados, la luz de Cristo nunca va a resplandecer. Tendremos bendiciones a cuentagotas, pero nunca la bendición grande que Dios quiere que conquistemos. Solo venceremos al diablo humillándonos, llorando, pidiendo, clamando y diciendo: "¡Diablo, suelta a las almas que tienes atrapadas, suelta a los drogadictos,

suelta a los pecadores!", y con autoridad ir a arrebatárselas en el nombre de Jesús.

Un día, estábamos en la ciudad de Tucumán con todo el equipo que habíamos llevado desde Buenos Aires: carpas, sillas, plataformas, luces, etcétera. Tuvimos muchos problemas con la organización. Cuando llegamos al predio que la municipalidad nos había otorgado para realizar la campaña —un espacio donde antes había funcionado un aeropuerto—, nos encontramos con la sorpresa de que no nos darían el lugar con la excusa de que construirían un parque (de más está decir que nunca se construyó). Así que estábamos en Tucumán, con todos los equipos, pero sin un lugar donde realizar la campaña.

En su reemplazo, un hermano nos ofreció unos terrenos muy alejados, apartados de todos los medios de transporte y de la comunicación con el centro de la ciudad. El camino para llegar era casi intransitable. Pero era el único lugar que teníamos. Después de analizar la situación, decidimos realizar allí la campaña. Yo me encontraba muy desanimado por lo que sucedía. La lucha ya había comenzado.

Como se trataba de un lugar apartado, pensamos transmitir las reuniones por televisión, pero no nos lo permitieron. Intentamos con la radio, pero tampoco nos dieron lugar. Nos pedían mucho dinero para poder hacerlo; no había forma de que aceptaran nuestras ofertas. Toda la oposición estaba en marcha. Nada de lo organizado pudo concretarse. Lo que teníamos era un campo con un terreno irregular que debimos limpiar para poder

utilizarlo. No había medios de transporte cerca. Aquel que quisiera ir a la cruzada tendría que hacerlo por su cuenta, y no era fácil llegar.

Sabíamos que la gente nunca se enteraría de que estábamos en aquel lugar si no transmitíamos la campaña ni por radio ni por televisión. Cuando uno se encuentra en un lugar público, la gente pasa y ve lo que está sucediendo. Siempre buscamos hacer las cruzadas en lugares céntricos, a los que la gente puede tener acceso con facilidad, así se entera de lo que está sucediendo. No sería así esta vez, porque nadie nos vería en aquellos terrenos.

Comenzamos una verdadera lucha espiritual. Noche y día orábamos, como era normal en nuestras cruzadas, atando al hombre fuerte, al príncipe de la región. Reprendíamos y le ordenábamos a Satanás que soltara a las almas, los hogares, los drogadictos, los matrimonios, las prostitutas, los ladrones y todos los pecadores que tenía atrapados en sus garras, en el nombre de Jesús.

Lo mismo hacíamos con los medios de comunicación. A la vez, íbamos a entrevistarlos para presentarles nuestra propuesta. Luego de varios días de oración, de reprensión y de decirle a Satanás que suelte los medios, comprendimos que nuestra lucha no era contra los directivos de los medios de comunicación, sino contra principados, potestades, huestes espirituales de maldad, gobernadores de las tinieblas de este siglo en las regiones celestes. Entonces no podíamos pelear y discutir con aquellos que manejaban los medios.

Humillados, clamando y pidiendo perdón

Una vez comenzada la cruzada volvimos a conversar para ver si podíamos llegar a un acuerdo. Era imposible pagar lo que nos pedían. La intercesión tenía ahora un objetivo bien claro: "Señor, toca el corazón de aquellos que manejan los medios de comunicación, que podamos tener un precio accesible para que, a través de la radio y la televisión, Tucumán pueda ver y oír lo que puedes hacer". Y también le ordenábamos al diablo que soltara los medios de comunicación. Tuvimos varios días de lucha, tiempos de guerra espiritual. Les ofrecíamos un monto, pero no lo aceptaban. Bajaban un poco el precio pero nunca llegábamos. En medio de toda esa batalla, con la campaña comenzada, las hermanas del ministerio, que se encontraban orando e intercediendo en Buenos Aires, recibieron de parte de Dios una visión. Vieron a Tucumán rodeada de llamas de fuego que no permitían entrar. También notaron que la tierra dentro de esas llamas era de color rojo.

Cuando esta visión llegó a nuestros oídos, comenzamos a orar para que Dios nos dé la interpretación. El Señor nos mostró que aquello rojo que se veía sobre la tierra era sangre. La sangre de muchas personas que había sido derramada en el pasado. Justamente Tucumán fue una de las provincias de la República Argentina que más batallas protagonizó. Las guerrillas que allí se produjeron fueron muy cruentas, hubo mucho derramamiento de sangre.

Entendimos, entonces, que había que romper aquella maldición y pedir perdón a Dios por ello. Reunimos a militares cristianos y miembros de las fuerzas que de alguna manera tuvieran que ver con lo ocurrido en el pasado con personas que habían sido oponentes pero que ahora estaban convertidas al Señor, y cristianos en general. Estaban representadas todas las partes. Nos unimos, de esta manera, para pedirle perdón a Dios, a fin de que esa tierra pudiera ser sanada por el Señor y que el Evangelio fuera proclamado con libertad.

Dios nos escuchó, la radio y la televisión se destrabaron, los precios que nos ofrecieron fueron accesibles. Así que pudimos transmitir la campaña en directo por cuatro radios y por los canales de televisión.

Llegó el día en que vimos a la gente venir en caballo, en sulqui, en camiones, en colectivos, en bicicleta, en moto, a pie. Se acercaron alrededor de cuarenta mil personas cada día, gracias a que nos vieron por la televisión y escucharon por las radios. En el momento del llamado, la gente corría hasta el altar. Hubo personas que vinieron aun en pijama, desesperados, buscando ayuda. La campaña terminó siendo un éxito. Día tras día, veíamos más y más almas a los pies de Jesús, y Dios se glorificaba trayendo libertad a los cautivos y realizando milagros poderosos.

De no haber hecho guerra espiritual, si nos hubiéramos quedado tranquilos esperando que todo ocurriera, no hubiera tenido lugar lo que sucedió. Por el contrario, oramos, intercedimos, reprendimos, atamos al diablo y al

hombre fuerte de Tucumán, y pudimos ver a miles y miles de personas tomar la decisión de seguir a Jesús durante las cuarenta y cinco noches que duró la cruzada.

Entender y humillarse

Es necesario entender y comprender la causa por la cual estamos orando. No se trata simplemente de una oración fría. La oración que Dios reclama de nosotros es aquella que nace de lo más profundo, de conocer el dolor. Cuando percibimos la agonía de aquel que sufre, y podemos sentirla en carne propia, nuestra intercesión cambia y Dios responde.

Una iglesia que no ayuna ni ora, que no llora, es una iglesia indiferente. La gente no vendrá si no hay alguien que sea capaz de golpearse el pecho suplicando y diciendo como aquel publicano: "Oh, Dios, ten compasión de nosotros, que somos pecadores" (ver Lucas 18:13). La guerra espiritual debe ganarse de rodillas, con gemidos, clamor, lágrimas y llanto. De esta manera Dios sabrá que estamos dispuestos a entender y a humillarnos como se humilló Daniel, mandará sus ángeles para pelear la batalla y obtendremos la victoria.

El hombre fuerte ya está derrotado

También tuvimos muchísimas luchas en la ciudad de Santiago del Estero. Hubo una conmoción previa a la

cruzada. Habíamos conseguido un lugar muy importante en el centro de la ciudad y, como siempre, con bastante anticipación comenzamos a hacer la publicidad para que la gente se enterase. Esto motivó a que la iglesia oficial se interesara en tener una actividad en el mismo sitio antes que nosotros. Fue así que se presentó en el lugar un sacerdote carismático que oraba por los enfermos y creía en milagros. Hicieron un evento al que asistió mucha gente. Luego, quince días antes de que nuestra cruzada comenzara, otro sacerdote se presentó en el mismo sitio. Pero era diferente. Se trataba de un parapsicólogo que, a garrafal diferencia del sacerdote carismático que hablaba de los milagros, decía que todo era fantasía, que no existía tal cosa y que los poderes de las tinieblas eran producto de la imaginación del ser humano.

Así que hubo un movimiento espiritual muy fuerte antes de nuestra llegada. El ambiente no era para nada propicio para realizar una campaña. Y la iglesia, que no era muy numerosa, estaba afligida y preocupada por lo que sucedía. Prácticamente, parecía que todo lo que nosotros íbamos a hacer no serviría. De todas maneras la campaña comenzó.

Con los medios de comunicación teníamos la misma lucha que vivimos en la ciudad de Tucumán. Satanás los tenía bien controlados y no quería soltarlos. Mientras negociábamos con los directivos, intercedíamos y le exigíamos al diablo que soltara la radio y la televisión. No había manera de que quisieran transmitir la campaña, y no nos

encontrábamos en condiciones de pagar los precios que nos exigían. Comenzamos nuevamente una lucha en intercesión, oramos, gemimos, lloramos, reclamamos: "¡Satanás, suelta los medios en el nombre de Jesús!". Y así continuamos varios días, mañana, tarde y noche. Era una batalla campal en oración, y solo en oración.

Lo que no es guerra espiritual

Aquí quiero hacer un paréntesis y contar una experiencia para ejemplificar. Cuando fui a Europa, a una de las ciudades principales del continente, los hermanos que me recibieron y estaban al frente de la iglesia me dijeron que habían ya aplicado muchas "estrategias espirituales", por llamarlo de alguna manera, pero que nada había funcionado. Habían dado vueltas a la ciudad en autos, intercediendo; la habían rodeado caminando; habían orado delante de las imágenes, estatuas y monumentos más insignes de la ciudad rompiendo los pactos que se habían realizado; la habían sobrevolado en avioneta, orando desde el aire. Pero nada de esto les había funcionado. Así que al recibirme, lo primero que hicieron fue preguntarme por qué nada había funcionado.

Mi respuesta fue simple: "Primero, creo que lo de rodear una ciudad ocurrió una vez en el pasado, en la ciudad de Jericó, porque Dios lo dispuso en ese momento. Entiendo que no es el simple hecho de rodear la ciudad, sino gemir, clamar por ella, ponerse de rodillas y empezar

a decirle a Satanás: '¡Suelta esta ciudad, suelta a los que tienes encadenados, a los drogadictos, a los alcohólicos, a los matrimonios que estás destruyendo!'. Interceder por los que sufren. Esa oración es efectiva. Rodear una ciudad no cambia nada, porque la batalla no es contra carne ni sangre, sino contra principados. Satanás tiene que sacar las manos sucias, soltar a las personas que tiene encadenadas".

Les expliqué qué era necesario hacer. No desmerezco aquella tarea, pero creo que intercesión es lo que encontramos en la Biblia. La que hacían los sacerdotes de Dios al ponerse entre Él y el pueblo para clamar a favor de ellos. Intercesión fue la de Jesús en el huerto de Getsemaní, cuando la Palabra dice que *"... como estaba angustiado, se puso a orar con más fervor, y su sudor era como gotas de sangre que caían a tierra"* (Lucas 22:44). Durante esa oración, millones de almas fueron arrebatadas de las garras del diablo. Quizás también las nuestras. Tal es la intercesión que funciona y debemos poner por obra.

Eso fue lo que hicimos en la ciudad de Santiago del Estero: ordenarle a Satanás en el nombre de Jesús que soltara la ciudad, a las personas y los medios. Comenzábamos desde la mañana bien temprano. Estábamos ubicados en medio de un barrio, y tratábamos de hacer el menor ruido posible, pero fue imposible que los vecinos no notaran que estábamos orando, intercediendo, clamando, que no nos escucharan gritar, gemir ante Dios y decirle al diablo que dejara libre la ciudad.

En uno de esos días de intercesión, un hermano tuvo una visión. Veía a Satanás sentado en un trono, que se sacudía y saltaba como si estuviera ocurriendo un terremoto. Al día siguiente, Dios nos volvió a mostrar la misma visión. Luego de dos o tres días nos presentó una visión diferente, y esta vez yo pude verla. Lo que veía era un enorme ejército de soldados romanos, pequeños, como enanitos, que corrían de un lado hacia otro, chocándose entre ellos, dispersos, desordenados, sin saber hacia dónde huir. Corrían al norte, al sur, al este, al oeste, no sabiendo por dónde escapar. Lo que más me llamó la atención fue ver muchas armas esparcidas por el suelo, de todo tipo: palos, escudos, lanzas, espadas, jabalinas, todo en el suelo, y los soldaditos corriendo. Entonces le pregunté al Señor qué era aquello.

Inmediatamente, el Espíritu me dijo:

—El hombre fuerte está atado.

—Pero, ¿por qué corren los soldaditos?, ¿por qué están desorientados sin saber qué hacer, Señor?

—Porque los príncipes están atados y los soldados ya no pueden recibir órdenes.

Así que ya no había mando ni quién les dijera qué hacer o adónde atacar.

—¿Y por qué las armas están tiradas en el suelo? —volví a preguntar.

—Porque están vencidos, y un ejército vencido huye y deja las armas.

Esta es una ley natural. Porque un ejército que huye llevándose sus armas tiene intención de regresar para

continuar la batalla; no está vencido: se rearma y vuelve a atacar. Pero este ejército había sido derrotado.

A partir de ese momento, pudimos transmitir la campaña por radio y televisión, ya que los medios de comunicación fueron soltados. Las personas se acercaron por miles, corriendo a recibir a Jesús. Aquellos que pasaban cerca del lugar, incluso en colectivos o en autos, eran tocados por el poder de Dios. Venían llorando y corriendo, pidiendo perdón al Señor.

Después de esos días, hubo un hecho muy particular. Muchas personas se juntaron para contrarrestar de alguna manera la campaña. Así que organizaron la procesión de una imagen que pasaría por el lugar donde estábamos realizando la campaña. Pero en el momento en que cruzaron por la avenida donde estábamos, las cuatro personas que trasladaban la imagen cayeron al suelo por el poder de Dios, y la estatua se hizo pedazos en el suelo. Los que venían detrás comenzaron a gritar y a manifestarse. ¡El Señor actuó poderosamente!

Tal fue la unción y el poder del Espíritu Santo que se movió allí que tuvimos que agregar reuniones por la mañana temprano para que toda la gente pudiera asistir. Muchos se acercaron desde el interior de la provincia porque habían visto la campaña por televisión. El día que comenzamos con reuniones por la mañana, ochocientas personas aceptaron a Jesús por primera vez.

Ese fue el resultado: decenas de miles viniendo a los pies del Señor. La guerra espiritual, la oración y la intercesión

surtieron efecto. Si no hubiéramos hecho batalla, ni tomado por fe lo que Dios nos estaba dando, si nos quedábamos sin orar, sin gemir, sin reprender al diablo, los resultados hubieran sido menores. Sin embargo, Dios nos dio la victoria.

¿Dónde está entonces la victoria? En la guerra, en la batalla. Porque no tenemos lucha contra sangre ni carne, sino contra principados, contra potestades, contra huestes espirituales de maldad, contra gobernadores de las tinieblas de este siglo.

¿Qué es entonces la guerra espiritual?

La guerra espiritual funciona de una manera específica. Si miramos en el ámbito natural, para una batalla es primordial el ataque aéreo y el bombardeo con misiles. La intercesión es la que comienza a ablandar el terreno para la conquista. Son los proyectiles que enviamos para debilitar al enemigo, para que Satanás pierda fuerza, retroceda y saque sus manos sucias de la ciudad.

Ahora, en lo natural, no existe guerra que pueda ganarse solo desde el aire. Hacen falta el desembarco y la conquista; el ataque terrestre, persona a persona. Se debe hacer efectiva la conquista con la Iglesia en la calle, anunciando el Evangelio a cielo abierto, para que todos tengan la posibilidad de oír el mensaje de Jesús y nadie diga que no le fue anunciado. Oramos, intercedemos, enviamos los misiles, pero también conquistamos casa por casa, barrio por barrio, predicando el Evangelio.

Cuando estamos en campaña, hacemos las dos cosas: por arriba, guerra; y por abajo, vamos pueblo por pueblo, ciudad por ciudad, predicando, testificando por radio y por televisión. Hacemos todo al mismo momento. El Señor nos ha bendecido de esta manera, y vemos miles de personas convertidas.

Si simplemente peleamos en oración y no evangelizamos, no alcanza, el éxito va a ser pequeño. Y si hacemos evangelización sin la previa batalla espiritual para que el diablo suelte las almas, tampoco será eficaz el trabajo. Las dos cosas son necesarias para lograr una victoria en el mundo espiritual y ver las almas venir corriendo a los pies de Jesús.

Interceder y predicar, eso es la guerra espiritual.

Capítulo 3

CONOCER AL ADVERSARIO

... Supongamos que un rey está a punto de ir a la guerra contra otro rey. ¿Acaso no se sienta primero a calcular si con diez mil hombres puede enfrentarse al que viene contra él con veinte mil??

—LUCAS 14:31

Un ejército debe conocer primero ante quién se enfrenta y cuáles son las armas que tiene si pretende enfrentar a su adversario. Si ignora la capacidad y el armamento de su enemigo, lo único que logrará es perder la batalla. Por esta razón se invierte tanto dinero en el espionaje del adversario. Fallar en esto puede costar muy caro.

Sin embargo, muchas veces los creyentes ignoran al diablo, pensando que de esa manera no serán atacados o

que es algo de lo que no hay que preocuparse. Pero él es nuestro adversario, y debemos conocer con qué armas cuenta.

Nuestra lucha es contra el diablo y su ejército. Él es nuestro enemigo. ¿Podemos entonces hablar de él? Claro que sí.

Es un diablo derrotado, vencido. Pero es necesario que la Iglesia conozca ciertas cosas del adversario: ¿cuál es su objetivo, a qué vino, cuáles son sus artimañas? Ningún hijo de Dios debe tener temor de hablar de los propósitos de Satanás. Él debe ser descubierto. He conocido mucha gente que tiene temor hasta de pronunciar su nombre, pensando que tal vez si lo ignoran estarán fuera de su alcance. El diablo fue vencido por Jesús, quien nos dio autoridad para que lo venzamos también nosotros; ignorarlo no hará que nos respete.

Dice la Palabra del Señor en Juan 10:10 que él vino para robar, matar y destruir. Él es nuestro adversario. Su único propósito en esta Tierra es perturbar y destruir completamente la creación de Dios, a nosotros, sus hijos.

No ignoremos sus artimañas

Me llama profundamente la atención que gran parte de la Iglesia no quiera oír hablar de Satanás. Más bien, piensan: "Vamos a dejarlo tranquilo para que no nos moleste". Pero esto no es así, porque él de ninguna manera va a respetarnos.

Es un grave error creer que si no nos entrometemos en sus asuntos, él no se entrometerá en los nuestros. Existe para esto, para destruirnos. Y no le importará la actitud que tomemos. Siempre seremos su blanco y su objetivo.

Una cosa es glorificar al diablo y ver demonios por todos lados, y otra, ignorarlo. Es un severo peligro creer que estamos totalmente inmunes. Suponer que Satanás no puede tocarnos es un riesgo. Él no nos afecta si vivimos plantados en la Palabra. Por eso el apóstol Pablo dice que debemos ser llenos del Espíritu Santo y no darle ocasión al diablo, para que no tome ningún lugar en nuestra vida; *"ni den cabida al diablo"*, dice Efesios 4:27.

Debemos vivir en santidad, firmes en la Palabra de Dios, porque el diablo nos toma cuando nos descuidamos. Una de sus principales armas es infundir temor sobre aquellos que pretendemos descubrirlo o hacerle frente. Pero todo aquel que lo resiste debe saber que tiene autoridad dada por Dios para ordenarle en el nombre de Jesús. Podrá presentar muchas formas y manifestaciones con el objetivo de atemorizar, pero él es un diablo mentiroso y no puede desoír ni desobedecer la autoridad del nombre de Jesús.

Beelzebú en la carpa

Hace varios años, nos encontrábamos de campaña en el barrio de La Boca, a tan solo doscientos metros del famoso estadio de fútbol de Boca Juniors, en la Capital

Federal. En esa oportunidad, habíamos preparado a unos quinientos hermanos colaboradores para trabajar en la carpa de liberación. Era la primera noche de cruzada cuando nos sucedió la experiencia que voy a relatarles.

Cuando finalizaba la reunión, habiéndose acercado al altar muchas personas para recibir a Jesús, y luego de realizar nuestra acostumbrada oración por liberación, muchos de los presentes se manifestaron. Así fue como un gran número ingresó a la carpa de liberación para recibir atención personal y ser ministrados.

Según mi costumbre, luego de predicar hago el llamado a los que quieran recibir a Jesús en su corazón, tras lo cual reprendo al diablo y le ordeno que suelte las vidas que se acercan al Señor, oro por las necesidades y enfermedades, y para que el Espíritu Santo llene las vidas y las bautice. Finalmente, desciendo a orar en forma personal con imposición de manos. Todo el que quiere, recibe oración. Por lo general, suelen haber varios miles que esperan para ser ministrados.

Esa noche no era diferente. Así que me encontraba en esa tarea cuando, de pronto, una de las hermanas, que ministraba en la carpa de liberación, se acercó corriendo muy agitada y gritando:

—¡Hermano Carlos! ¡Hermano Carlos! ¡Venga rápido, por favor! Mi respuesta inmediata fue preguntarle qué sucedía y por qué era tan necesario que yo mismo fuera a la carpa. Es que me encontraba ocupado orando por las personas que estaban en el altar esperando ser ministradas.

Sus palabras demostraban temor:

—¡Es Beelzebú! ¡Beelzebú está en la carpa! La hermana me trataba de decir que había dentro de la carpa una persona manifestada que decía ser Beelzebú. Era una persona de aspecto grotesco, que rugía y amenazaba a todos diciendo: "¡Yo soy Beelzebú!", y tenía asustados a los hermanos que ministraban liberación. Algunos de ellos se habían apartado lejos, pensando que este hombre los podía agredir.

Me rogaron ayuda porque no había quién se animara a sujetarlo.

—¡Hermano, venga usted porque tiene autoridad! —me decía la hermana, muy afligida por lo que estaba sucediendo.

Entonces, me dirigí a ella y le dije claramente:

—No, hermana, yo no voy a ir, porque la autoridad no la tengo yo, sino todos aquellos que creen.

La Biblia dice en Marcos 16:16-18 que las señales seguirán *"a los que crean"*. Si estamos convencidos y confiados de que tenemos la autoridad, no hay diablo que pueda hacernos frente; ni el último de los demonios —ni siquiera Satanás mismo— tiene autoridad para sublevarse ni para desoír la orden que se le da en el nombre de Jesús.

Así que le dije:

—Hermana, vuelva a la carpa y dígales a sus compañeros de ministración que tomen autoridad y echen a ese demonio en el nombre de Jesús.

Luego de esto, volví a mi tarea de orar por los presentes.

Pasados unos diez minutos, aquella misma hermana regresó gritando. Pero esta vez ya no pedía ayuda, su voz no era la misma. Corría, pero con sus manos en alto. Se podía ver una sonrisa de victoria en su rostro, y muy feliz decía:

—¡Funciona, hermano Carlos, funciona! ¡Atamos a Beelzebú en el nombre de Jesús como usted nos dijo, y luego lo echamos fuera! ¡El hombre quedó libre! ¡Aleluya!

Habían logrado sujetar al demonio que dominaba a ese hombre, lo hicieron renunciar a todos sus pecados y luego echaron a Beelzebú en el nombre de Jesús.

El ejército de Satanás

También debemos saber que el diablo, además de utilizar contra los hijos de Dios las armas de la ignorancia de su existencia y del temor, posee un ejército numeroso que lo apoya en su lucha.

Contrariamente al pensamiento de muchos, Satanás no actúa en desorden. Fue enseñado bajo la doctrina de los ángeles. No olvidemos que era el segundo en mando antes de que se produjera su caída y fuera expulsado de los cielos. Por lo tanto, su ejército es un cuartel ordenado bajo rangos que siguen las órdenes de sus superiores y respetan su autoridad.

La segunda parte de Efesios 6:12 nos muestra muy específicamente las jerarquías de mando:

Porque nuestra lucha no es contra seres humanos, sino contra poderes, contra autoridades, contra potestades que dominan este mundo de tinieblas, contra fuerzas espirituales malignas en las regiones celestiales.

Satanás se opone al avance del Reino de Dios. Él también cuenta con un reino: el de las tinieblas. Es el jefe supremo del reino (Mateo 9:34: *"Este expulsa a los demonios por medio del príncipe de los demonios"*) y del ejército de las tinieblas (Salmo 78:49b: *"... un ejército de ángeles destructores..."*). Recorre su reinado por toda la Tierra (Job 1:7: *"Y el Señor le preguntó: '¿De dónde vienes?'. 'Vengo de rondar la tierra, y de recorrerla de un extremo a otro' le respondió Satanás"*). También es llamado en las Sagradas Escrituras el príncipe de este mundo (Juan 12:31b: "*el príncipe de este mundo va a ser expulsado*").

En este ejército existen principados. El término *principado* es de origen latino y quiere decir: 'Título o dignidad de príncipe. Territorio o lugar sujeto a la potestad de un príncipe'. Es la máxima autoridad y gobierno en un Estado de tipo monárquico. El príncipe o principado tiene poder sobre una nación.

También hay potestades. Según el diccionario, *potestad* es la 'autoridad y dominio que se tiene sobre una jurisdicción determinada que le fue asignada por el poder real'. ¿Cuál es el poder real? El poder del diablo. Satanás, la potestad, ordena y dirige las actividades u operaciones dentro de una zona que le fue asignada.

Hay *"gobernadores de las tinieblas de este siglo"* (Efesios 6:12, RVR60). El *gobernador* es el jefe de una provincia, región o ciudad, y corresponde a una jerarquía menor que la potestad. El gobernador tiene autoridad dentro de un ámbito restringido y gobierna según la directiva de la potestad o el apoderado real.

Después tenemos las *"fuerzas espirituales"* o *"huestes"* (RVR60). Las *huestes* son el conjunto de soldados de un ejército de campaña. Se emplea este nombre para asignar a los secuaces que luchan por una causa, los que son enviados a combatir. Cuando se habla de huestes, no se hace referencia a la alta jerarquía del poder militar.

Las huestes de Satanás parecen estar formadas por demonios. Según la Biblia, son personas sin cuerpo físico, inteligentes y malignas. Operan en esta Tierra con el propósito de hurtar, matar y destruir.

Claramente Satanás tiene un ejército bien constituido y que no se divide.

El ángel del Señor nos defiende

Un día, una mujer que se había atrasado por razones laborales decidió tomar un taxi para no llegar tarde.

—¿A dónde la llevo?

—A Independencia y Alvarado.

—¿A la campaña? —preguntó el taxista—. ¡Sí! ¿Por qué lo pregunta? ¿Usted ha ido?

—He estado mirando, pero me resulta un fanfarrón el que habla —fue la respuesta.

—¿Por qué? —le preguntó la señora.

—Dígame. ¿Para qué necesita el evangelista a esas cinco personas vestidas de blanco que se pasean por el escenario mientras le habla a la gente?

"El ángel del Señor acampa en torno a los que le temen; a su lado está para librarlos". dice el Salmo 34:7. Por esta razón no debemos tener temor de lo que el diablo quiera hacernos. Satanás no puede tocarnos un cabello. Solo el pecado le abre la puerta al diablo, únicamente el pecado.

Dijimos que el ladrón no viene sino a matar, robar y destruir, y que es necesario conocer a nuestro adversario, porque él siempre busca crearnos problemas, pero no debemos tener temor.

¿Sabes lo que hizo el diablo en mi primera campaña? Quiso prenderme fuego el auto. Yo predicaba el Evangelio y se convertían los brujos, los espiritistas y los drogadictos; la gente entraba corriendo desde la calle hacia la campaña. Por esta razón, el diablo estaba muy enojado. Así que, para intentar atemorizarme, usó a personas que se acercaron un día a la campaña e intentaron dar vuelta mi auto, para luego rociarlo con alcohol y prenderlo fuego. Pensaban que haciendo esto no iría más a aquel lugar. En ese entonces, yo tenía un Citroën Mehari. Pero grande fue su sorpresa cuando, apenas pusieron sus manos sobre el vehículo, cayeron de espaldas tocados por el poder del Espíritu Santo.

En otra oportunidad, un grupo de personas llegó de madrugada al lugar donde estaba la campaña y se llevó todas las sillas. Al día siguiente, cuando llegó la hora de realizar la reunión, uno de los hermanos vino corriendo a decirme que los que se habían robado las sillas regresaron a devolverlas. ¡Es que cada vez que se sentaban sentían un calor intenso que los quemaba!

Dios obra, el Espíritu Santo de Dios está en la Tierra, los ángeles de Dios están para ayudarnos.

A veces, cuando oro, digo: "Señor, envía cinco mil legiones de ángeles", y muchos dicen: "¿Para qué lo hace?". Para eso, para que Dios haga estas cosas, para que el diablo no pueda avergonzarnos. Jesús mismo, estando colgado en la cruz, dijo que si quería, podía pedir al Señor sus ángeles e inmediatamente acudirían a ayudarlo. ¿Acaso no tenemos nosotros la misma autoridad?

¿Necesitas ayuda? Pídele legiones de ángeles al Señor y Él las enviará. Si hay un barrio difícil, dile: "Señor, envíame tus ángeles para ayudarme a evangelizar este barrio"; y vas a ver cómo el Señor no falla.

Les he dado autoridad

Muchas veces el diablo se presenta para intimidarme y decirme: "No puedes conmigo". En ocasiones se cruza por la plataforma mientras estoy predicando u orando para gritarme que no puedo contra él. Mi respuesta es siempre la misma: "Yo no puedo, pero el que está

conmigo, sí puede. ¡Aleluya! En el nombre de Jesús, Satanás ¡fuera!". Esa es la autoridad que Dios nos ha dado para hacer su obra.

No es que yo sea súper valiente, cada minuto de mi vida dependo de Dios y confío en su Palabra que me dice: *"Sí, les he dado autoridad a ustedes para pisotear serpientes y escorpiones y vencer todo el poder del enemigo; nada les podrá hacer daño"* (Lucas 10:19).

Cuando comencé mi ministerio, arremetía contra los brujos, contra los curanderos y contra los hechiceros, contra todas las sectas que estaban en la Argentina. Recuerdo que en una de nuestras cruzadas, se convirtió un brujo muy importante. El me contó que, al ver que su trabajo se estaba desmoronando, decidió buscar apoyo con otros brujos para destruirme. Las noticias de las campañas enojaban a todos los que trabajaban para el reino de las tinieblas, los sirvientes de Satanás. Con cada campaña, sus seguidores disminuían. Así fue como brujos de todo el mundo, de Brasil, de Paraguay, de Bolivia, incluso hasta de Francia —adonde llegó la noticia de que había que terminar con alguien que estaba molestándolos—, se pusieron de acuerdo y decidieron organizarse para trabajar en mi contra.

Cuando esta persona se convirtió, vino corriendo a contarme lo que estaba sucediendo. Me dijo:

—Hermano Carlos, los brujos de Brasil, Uruguay, Paraguay y Bolivia dicen que van a destruirte.

En ese momento, sentí un escalofrío que me corrió

desde la cabeza hasta la punta de los pies: tuve miedo. Pero, inmediatamente, una voz me habló al oído:

—Carlos, te doy potestad de hollar toda fuerza del enemigo, y nada te dañará.

¡Aleluya! ¡Es más fuerte el que está con nosotros que el que está en el mundo!

Capítulo 4

LA AUTORIDAD DE SATANÁS

1 Pedro 5:8 dice: *"Practiquen el dominio propio y manténganse alerta. Su enemigo el diablo ronda como león rugiente, buscando a quién devorar"*. Sabemos entonces que Satanás no cesará en su intento de destruirnos. Día y noche dedica sus esfuerzos para hacer que nuestra vida sea infeliz. Todo su ejército trabaja con un solo fin: destruir la creación de Dios. No existe otra cosa que sea más importante para él. No importa si creemos en su existencia o no. Por el contrario, el mayor engaño de los últimos tiempos es negar que él sea real. Es mentiroso y padre de mentiras, y el hecho de que no crean que existe es para él una ventaja, porque ignorarlo solo le otorga mayor libertad para atacarnos. Eso no hará que nos pierda de vista. Él no tiene misericordia. No le importará que pretendamos ignorarlo. Aunque no lo nombremos, igual estará ahí,

merodeando, como león rugiente, intentando devorarnos. Debe ser descubierto.

Yo no predico del diablo, predico a Cristo; hablo del Señor, de su amor, de su bendición. Pero cuando enseño, hablo del adversario para que se sepa quién es. Es necesario conocer no solo la autoridad que tenemos frente al diablo, sino, también, la autoridad que tiene él. Y nuestra autoridad está dada por el conocimiento que tengamos acerca de su obrar.

¿A qué reino perteneces?

Miremos por un momento lo que dice el apóstol Juan. *"Sabemos que somos hijos de Dios..."* (1 Juan 5:19). Él quiere abrirnos los ojos a la realidad espiritual de que pertenecemos a Dios, quien está con nosotros; sus ángeles nos rodean día y noche para guardarnos. Sabemos que fuimos llamados por Dios, que nuestra vida está en sus manos, le pertenecemos. Pero el versículo continúa diciendo: *"... y que el mundo entero está bajo el control del maligno"*. Así que podemos concluir que gran parte de la humanidad le pertenece al Señor. Pero ¿cuántos hay que no son de Él? Muchos, muchos más. Jesús se expresó muy claramente cuando dijo: *"El que no está de mi parte está contra mí; y el que conmigo no recoge, esparce"* (Mateo 12:30). No hay medias tintas, no existe un término medio. No hay grises en esta escala. Tampoco tibios: se es

frío o caliente. De un lado o del otro. Pertenecemos al Reino de Dios o pertenecemos al reino de Satanás.

Muchas veces suelo escuchar cosas como: "No es cristiano, pero es una buena persona". Lamento decir que por más buena voluntad que una persona tenga, si no pertenece a Cristo, entonces está bajo el maligno. Todos pecamos, aun las personas buenas; los famosos, aquellos a quienes admiramos; reyes y súbditos, gobernadores y gobernados, astronautas, premios Nobel, artistas, jugadores de fútbol... Los que vienen a Cristo son reconciliados, les son quitados sus pecados y se reconcilian con Dios por medio de Jesús. Son de Él, pertenecen a su Reino. Pero aquellos que no tomaron esta decisión, lamentablemente aún están bajo el maligno. En algún momento, el diablo va a utilizar sus vidas porque le pertenecen, están bajo su autoridad y él es su padre.

¿Tan radical es este asunto? Es aún mucho más de lo que podemos imaginar. ¿Tanta autoridad tiene el diablo para tener el mundo entero bajo sus pies? Para poder comprender esto, debemos explicarlo desde el principio.

¿Cuál es entonces la autoridad de Satanás?

El comienzo de la respuesta a esta pregunta se encuentra en Lucas 4:5-8:

> *Entonces el diablo lo llevó a un lugar alto y le mostró en un instante todos los reinos del mundo.*

—Sobre estos reinos y todo su esplendor —le dijo—, te daré la autoridad, porque a mí me ha sido entregada, y puedo dársela a quien yo quiera. Así que, si me adoras, todo será tuyo.

Jesús le contestó:

—Escrito está: "Adora al Señor tu Dios y sírvele solamente a él".

La primera vez que leí este pasaje me conmoví. No podía comprender lo que estaba escrito. Fue muy conflictivo para mí. Mi mayor interrogante se presentó al leer que el diablo declaró que los reinos del mundo habían sido entregados a él, y que él los da a quien quiere. Inmediatamente, le pregunté al Señor cómo era posible que Satanás tuviera tanta autoridad si Él no se la había dado. No podía entender quién le había dado la potestad para que pudiera decirle al Señor que él decidiría a quién le daría los reinos y la potestad de toda la Tierra. ¿En verdad todo esto le pertenecía? ¿Por qué Satanás esgrimía tal autoridad? Observé también que la respuesta de Jesús no fue: "mientes", sino simplemente le dijo: *"Escrito está: 'Adora al Señor tu Dios y sírvele solamente a él'"*. Me encontraba frente a una gran confusión, me perturbaba la autoridad que Satanás tenía sobre la Tierra.

El Señor me fue llevando a diferentes pasajes de la Escritura en donde se hablaba de Satanás como *"el dios de este mundo"* y *"el príncipe de los demonios"*... Allí comencé a ver que el Señor reconocía que había una autoridad

adquirida por el diablo. Comprendí entonces que *"todos los reinos del mundo"* implicaba el planeta entero; todas las naciones de la Tierra; no se excluía ningún reino. Es realmente difícil entender la magnitud de la potestad que el diablo tiene sobre los reinos de la Tierra. Muchas veces, es preferible hablar de otras cosas, pero es necesario conocer qué fue lo que ocurrió en realidad.

Así que comencé a interesarme y a preguntarle al Señor cómo fue que esto sucedió, de dónde obtuvo Satanás tanta autoridad, quién se la entregó si Jesús no se la dio. Quería que Él me lo enseñara en su Palabra. Yo sabía muy bien que Dios no fue quien le había entregado esa autoridad, porque Él hizo todos los reinos de esta Tierra no para el diablo sino para el hombre. El creó la Tierra y la adornó con toda su belleza. Ni nuestros ojos ni aun nuestro entendimiento pueden comprender la maravilla de la creación de Dios. En el comienzo, la Tierra estaba desordenada y vacía, pero Dios con la obra de sus manos la ordenó, y llenó lo que estaba vacío. ¿Para qué? ¿Para que el diablo, ladrón y usurpador, destruyera la obra de sus manos? No. Dios creó la Tierra para nosotros, para que la disfrutemos. Cuando terminó de adornarla, de crear los árboles, las plantas, las flores, los pájaros, las bestias del campo, las bellezas de los paisajes, el Señor tomó en sus manos barro y creó al hombre, y lo puso como corona de la creación. Coronó al hombre y le dijo: "Todo esto lo hice para ti". Es como cuando nosotros, como padres, preparamos nuestra casa para el cumpleaños de nuestros

hijos. Ponemos guirnaldas, globos, decoramos todo para que se sientan felices. El amor de Dios es tan grande que adornó la Tierra y la coronó poniéndonos en medio de ella, diciéndonos: "Todo lo que he hecho fue para ti, para que lo disfrutes".

Dios no creó al hombre para que viviera arruinado, lleno de problemas, de dificultades, de amargura y tristeza. Yo esto lo sabía muy bien, pero aún no comprendía quién había dado la autoridad de los reinos de la Tierra a Satanás.

El pacto de Dios con Adán y con Noé

Un día, Dios me llevó al libro de Génesis. Al leer este pasaje de la Escritura, entendí lo que hasta ese momento no entendía, y el Espíritu Santo comenzó a explicarme el porqué de aquel planteo que Satanás le hizo a Jesús en el desierto. Dice Génesis 1:28:

> *... y los bendijo con estas palabras: "Sean fructíferos y multiplíquense; llenen la tierra y sométanla; dominen a los peces del mar y a las aves del cielo, y a todos los reptiles que se arrastran por el suelo".*

¿Qué estaba haciendo Dios con Adán y Eva? Un pacto: Dios estaba coronando al hombre. Puedo ver a Dios tomar a Adán y Eva de uno de sus hombros, y caminar con ellos a la luz del día. Dios estaba entregándoles las

llaves y las escrituras de la Tierra. Sus palabras fueron "sométanla" y "dominen", que implican mandar sobre una cosa como su dueño.

En otras palabras, Dios les estaba diciendo: "Ustedes hagan ahora lo que quieran, manejen la Tierra, adminístrenla, sean los señores de la creación". Nadie tenía mayor autoridad que ellos. Podían hacer y deshacer a su antojo sin tener que preguntar ni consultar a nadie. Dios les entregó a Adán y a Eva toda la autoridad y el señorío de la Tierra. "Sometan, dominen, dispongan, hagan".

Luego, en Génesis 9:1-2, encontraremos un nuevo pacto que Dios hizo con Noé y sus hijos. Dice así:

> *Dios bendijo a Noé y a sus hijos con estas palabras: "Sean fecundos, multiplíquense y llenen la tierra. Todos los animales de la tierra sentirán temor y miedo ante ustedes: las aves, las bestias salvajes, los animales que se arrastran por el suelo, y los peces del mar. Todos estarán bajo su dominio...".*

Ahora, tomemos ambos pactos y veremos que entre ellos hay una diferencia. Una radical diferencia. El pacto que Dios hizo con Noé fue muy diferente al que hiciera con Adán y Eva. Ya no estaba presente el mandato fundamental que Dios les dio en el principio: "dominen". Ahora, el hombre no tenía la autoridad que Dios mismo le había entregado en el principio. ¿Por qué? ¿Qué fue lo que sucedió entre ambos pactos?

Cayó la corona de nuestra cabeza...

En el medio, sucedió algo muy importante. Tanto, que transformaría el curso y la vida del ser humano. La respuesta la encontramos muy clara en Génesis 3: la caída del hombre, la rebeldía, la desobediencia; Satanás venciendo a Adán y a Eva en el huerto del Edén. Yo puedo imaginarlos a ambos siendo expulsados del huerto, mirando atrás con una mirada de desesperación para ver al ángel con su espada resplandeciente. En ese mismo momento, el pecado se apoderó de ellos. Y ese pecado hizo mucho más que privar al ser humano de una vida en un huerto donde todo era felicidad y caminar con Dios. Lamentaciones 5:16 dice: *"Nuestra cabeza se ha quedado sin corona. ¡Ay de nosotros; hemos pecado!"*. En la desobediencia del ser humano, Satanás logró su triunfo, quitándole su corona, arrebatándole las llaves y la escritura de la Tierra. El primer hombre, con su desobediencia a Dios, entregó a Satanás lo que Dios había puesto en sus manos.

En las guerras de la antigüedad, cuando un rey triunfaba en batalla contra otro, no le era suficiente el haber vencido. Su victoria implicaba mucho más que el hecho de salir triunfante. Lo que hasta ese momento había pertenecido a quien ahora estaba derrotado pasaba legalmente a manos del nuevo rey victorioso. Todas sus posesiones, dominios y territorios tenían un nuevo comandante, un nuevo rey, un nuevo dueño. Aquel pueblo

conquistado perdía completamente su libertad. La conquista implicaba esclavitud y sometimiento a un nuevo gobierno, un nuevo reino.

Así fue como el hombre no solo perdió todos sus dominios, todo lo que Dios había entregado en sus manos, sino que por medio del pecado se hizo esclavo de Satanás, perteneciendo ahora a su reino. Por esta razón, el diablo pudo presentarse ante Jesús en el desierto, desafiarlo y decirle: "Todos los reinos de la Tierra te daré, porque a mí me fueron entregados".

¿Quién, entonces, fue el culpable de entregar a Satanás la potestad y el dominio de los reinos de la Tierra? El hombre, es decir, nosotros. La creación de Dios, a causa de nuestra desobediencia, se encuentra esclavizada por el pecado, la destrucción, la muerte, la violencia, la droga, la promiscuidad.

¿Por qué cuando me refiero al culpable digo *nosotros* y no sencillamente Adán o Eva? Hay una razón. Antes de que me convirtiera, cuando una persona me hablaba de Adán y del pecado, mi respuesta inmediata era: "¿Qué culpa tengo yo por lo que hizo un hombre que nada tuvo que ver conmigo, que vivió tantos miles de años antes que yo?". Yo creía que si Dios era bueno, no me demandaría a mí algo que hizo Adán. Esa era mi excusa, porque ignoraba las Escrituras.

La Biblia dice que la maldición viene porque Adán pecó. A causa del pecado de un hombre, la maldición entró en el mundo. No importa cuán buenos seamos o

pretendamos serlo. Somos tan culpables como Adán. Romanos 5:12 lo expresa así: *"Por medio de un solo hombre el pecado entró en el mundo, y por medio del pecado entró la muerte; fue así como la muerte pasó a toda la humanidad, porque todos pecaron".*

Pero ¡gloria a Dios!, porque este no es el final de la historia, ya que en el mismo pasaje la Escritura continúa diciendo: *"Porque así como por la desobediencia de uno solo muchos fueron constituidos pecadores, también por la obediencia de uno solo muchos serán constituidos justos".*

Es verdad, Satanás conquistó un derecho legal sobre el ser humano. No fue una mentira lo que él le dijo a Jesús al tentarlo, ni tampoco arrebató por la fuerza lo que a Adán le pertenecía, sino que este se lo entregó. Se hizo amo y dueño de todo lo que el Señor creó. Pero lo que Adán no pudo hacer para recuperar lo que había perdido, Jesucristo lo hizo. Él vino a saldar la deuda que todos teníamos con Dios.

La deuda está saldada

El día que Jesucristo vino a mi vida, comprendí cuál fue la dimensión de lo que él hizo allí en la cruz. El 19 de mayo de 1979, mi esposa y yo decidimos entregar nuestra vida al Señor. Luego de que, envueltos en llanto, hiciéramos aquella primera oración que cambiaría por completo nuestras vidas, Dios me mostró una visión. Al levantar mis manos en señal de rendimiento y entrega a Jesús, pude

ver un papel que Jesucristo ponía en mis manos. Aquello era un recibo, el cual tenía escrito lo siguiente: "Padre, la deuda que Carlos tenía contigo está ahora saldada. Yo la he pagado". Y debajo de ello, un nombre. Estaba firmado por el mismo Jesús, pero no era tinta lo que usaba, sino su misma sangre. La sangre de Jesús derramada en la cruz del Calvario.

Jesús saldó la deuda que teníamos con Dios, recuperando así lo que el hombre había perdido.

Capítulo 5

CONSUMADO ES

Al probar Jesús el vinagre, dijo: "Todo se ha cumplido". Luego inclinó la cabeza y entregó el espíritu.
—JUAN 19:30

No existen en la historia dos palabras tan cargadas de poder y victoria como las que pronunciara Jesús segundos antes de entregar su vida: *"Todo se ha cumplido"*. Lo voy a ilustrar con el siguiente relato:

Cuando Jesús murió en la cruz del Calvario, luego de haber sido expuesto a la vergüenza pública y de soportar el castigo por el pecado de todos nosotros, hizo una visita a un sitio inesperado: descendió a los infiernos.

En aquel oscuro lugar, Satanás y todo su séquito estaban desbordados en un festejo que creían que duraría por la eternidad:

—¡Hemos vencido, hemos derrotado al Hijo de Dios!

La muerte misma estaba preparada para esclavizar a Jesús por los siglos de los siglos. Pero grande fue su sorpresa cuando, en el momento menos esperado de su celebración, las puertas del Hades se abrieron violentamente.

Nadie esperaba que por allí fuera a entrar Jesús, aquel al que hacía unas horas habían liquidado, y era la causa y motivo de su festejo.

Su aspecto no era el que los demonios hubieran esperado, un esclavo de la muerte, sino que sus pasos eran los del Rey de reyes y Señor de señores.

Todo el infierno quedó paralizado ante tal autoridad. La fiesta acabó en un segundo. Nadie se atrevía a pronunciar una palabra, ni siquiera a emitir sonido. Jesús, con penetrante mirada de autoridad, se paró frente a la muerte y, con la voz de aquel que sale victorioso de la batalla, pronunció estas preciosas e inolvidables palabras: *"¿Dónde está, oh muerte, tu victoria? ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón?"* (1 Corintios 15:55). Aquel que tenía el imperio de la muerte había perdido su autoridad.

Dice la Biblia que la paga del pecado es muerte (Romanos 6:23). Pero a Jesús la muerte no lo pudo retener, porque en Él no había pecado.

Ahora era el infierno entero el que estaba humillado y derrotado. Jesús, como Rey vencedor, le arrebató a Satanás aquello que en el principio de la creación este le había robado a los hombres: las llaves y las escrituras de la Tierra.

Pero eso no fue todo. Al ascender como príncipe victorioso, luego de haber cumplido su misión, mostró al cielo entero lo que traía en sus manos: en su izquierda, las llaves y las escrituras de la Tierra, y en su derecha, la reconciliación del hombre con Dios.

¡Aleluya! ¡Jesús recuperó lo que el hombre había perdido en el huerto del Edén!

La amplitud de la obra redentora de Jesús

A través de este relato, podemos comprender con claridad el significado de lo que Jesús hizo aquel precioso día en la cruz del Calvario. La Biblia nos relata en 1 Corintios 15:22: *"Pues así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos volverán a vivir"*. Jesús revirtió la realidad de la condición humana. Desde Adán hasta el día en que Jesús entregó su vida, el ser humano permaneció esclavo de Satanás a causa del pecado. Al ser expulsado del huerto del Edén, perdió todos sus privilegios, el mayor de los cuales era el caminar con Dios. Luego de pecar, no hubo para el ser humano posibilidad de entrar en la presencia de Dios sino a través de sacrificios. Satanás se encargó de robarle a Adán algo que él sabía que era fundamental para vivir una vida plena de paz y felicidad: la comunión con Dios, poder caminar juntos, hablar cara a cara con su Creador.

De ahí el valor de lo que Jesús recuperó. Él nos elevó al estatus original. Su sacrificio nos devolvió el inmenso

privilegio de caminar nuevamente con Dios, a toda hora y en todo lugar, así como en el principio lo hicieron Adán y Eva.

Seamos conscientes de esta realidad. Dios está con nosotros. Ya no hay barreras que nos separen, no hay límites, no existe nada ni nadie que pueda impedir nuestra comunión con Dios. Podemos hablar con Él en todo momento y lugar. Contamos con su ayuda dondequiera que nos encontremos. Jesús derribó todo lo que nos separaba de Dios. Ahora, el camino está abierto para todos en Jesús. Entremos por ese camino para vivir una vida victoriosa.

La autoridad de la Iglesia

Parte maravillosa de lo que Jesús le arrebató al diablo, y que con su sacrificio hizo posible, es la autoridad que le había robado al hombre. Esa autoridad le pertenece ahora a la Iglesia. Todos los que creen, los que son hijos de Dios, los que caminan junto a Él y viven tomados de su mano, son los acreedores de esta valiosa autoridad. Jesús recuperó lo que habíamos perdido por el pecado y lo entregó a su Iglesia.

La autoridad que la Iglesia como Cuerpo de Cristo ha recibido es mucho mayor de lo que podemos imaginar, ya que el mismo infierno no podrá prevalecer frente a ella. Así lo expresó Jesús en Mateo 16:18: *"Yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi iglesia, y las puertas del reino de la muerte no prevalecerán contra ella".*

En la unidad del Cuerpo de Cristo hallaremos la mayor autoridad que hará sucumbir al mundo de las tinieblas. Puestos de acuerdo, podemos sujetar cualquier cosa que esté dominando en el mundo espiritual para cambiar la realidad en el mundo terrenal. Tenemos autoridad para atar al diablo y a todas sus huestes, y para desatar las bendiciones abundantes y sobrenaturales de Dios sobre nuestras vidas.

> *Les aseguro que todo lo que ustedes aten en la tierra quedará atado en el cielo, y todo lo que desaten en la tierra quedará desatado en el cielo. Además les digo que, si dos de ustedes en la tierra se ponen de acuerdo sobre cualquier cosa que pidan, les será concedida por mi Padre que está en el. Porque donde dos o tres se reúnen en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos.*
>
> —MATEO 18:18-20

Como Iglesia de Jesucristo, debemos creer que no existen límites para ejercer esta autoridad. Los hijos de Dios, por medio de la fe, podemos acceder a ella para tener una vida victoriosa. Aquellos que hemos creído y nos movemos conforme a la voluntad de Dios y a lo que enseña su Palabra tenemos autoridad para vencer la tentación y derrotar al diablo en todos los ámbitos: en el matrimonio, en nuestros hijos, en el trabajo, en los estudios, en la salud: una vida completa de victoria. Santiago 4:7 dice: *"Así que sométanse a Dios. Resistan al diablo, y él huirá de ustedes".*

Ahora bien, sabemos que hemos recibido autoridad espiritual, y que tal autoridad deberá verse reflejada primeramente en nuestra vida. Pero, como en todos los asuntos de Dios, lo que hemos recibido no es solamente para beneficio propio, sino que, como hijos de Dios, tenemos una responsabilidad. La pregunta que cada uno debe hacerse es: ¿para qué es esta autoridad, con qué propósito la he recibido, cuál es mi responsabilidad como hijo de Dios?

El propósito de la autoridad

El Señor nos ungió, nos dio la autoridad con una finalidad, la que expresa claramente la Biblia en el libro de Isaías: predicar las Buenas Nuevas, vendar a los heridos y publicar libertad a los cautivos.

> *El Espíritu del Señor omnipotente está sobre mí, por cuanto me ha ungido para anunciar buenas nuevas a los pobres. Me ha enviado a sanar los corazones heridos, a proclamar liberación a los cautivos y libertad a los prisioneros...*
>
> —Isaías 61:1

En repetidas ocasiones, Jesús nos mostró que tenemos autoridad y también nos enseñó para qué debemos usarla. Cuando comisionó a los doce, les dijo: *"Sanen a los enfermos, resuciten a los muertos, limpien de su enfermedad a los que tienen lepra, expulsen a los demonios. Lo que ustedes recibieron gratis, denlo gratuitamente"* (Mateo 10:8).

En el libro de Lucas 10:19, Jesús les da instrucciones a los setenta y les dice: *"Sí, les he dado autoridad a ustedes para pisotear serpientes y escorpiones y vencer todo el poder del enemigo; nada les podrá hacer daño".*

Y existe aún el mayor de todos los mandatos que nos hiciera Jesús: la Gran Comisión. En ella se resume el propósito por el cual nos entregó la autoridad:

> *Vayan por todo el mundo y anuncien las buenas nuevas a toda criatura. El que crea y sea bautizado será salvo, pero el que no crea será condenado. Estas señales acompañarán a los que crean: en mi nombre expulsarán demonios; hablarán en nuevas lenguas; tomarán en sus manos serpientes; y, cuando beban algo venenoso, no les hará daño alguno; pondrán las manos sobre los enfermos, y estos recobrarán la salud.*
>
> —MARCOS 16:15-18

Jesús nos dio la autoridad para ejercerla en favor del necesitado.

La autoridad debe ser probada

Una mañana, leyendo el periódico, encontré una noticia que hablaba acerca de una ciudad al sur de la Argentina, en la Patagonia. Se trataba de la ciudad de Las Heras, en la provincia de Santa Cruz. Este pequeño pueblo tiene aproximadamente unos nueve mil habitantes. Es un lugar

con clima casi desértico, muy frío y de fuertes vientos. No es un destino turístico; la mayoría de la población son trabajadores petroleros.

En aquel tiempo, había un enfrentamiento entre un grupo de petroleros y las autoridades municipales. A tal punto llegó ese disturbio que algunos hombres armados se enfrentaron con la policía de la localidad y un hombre resultó muerto.

Así que me encontré con la noticia de este gran alboroto. En ese mismo momento, Dios me habló acerca de visitar aquel lugar para realizar una campaña evangelística, y lo más pronto posible predicarles el Evangelio. Inmediatamente, nos pusimos en contacto con las iglesias y pastores de aquella región. Y luego de conversar con ellos acerca de la situación, convinimos en que realizaríamos una cruzada. Sin mayores problemas, la municipalidad de la ciudad nos ofreció un salón donde albergarnos.

Nos encontrábamos ya en el tercer día de cuatro que tendría la cruzada. Dios se había estado moviendo fuertemente, sanando muchos enfermos, realizando milagros. Incluso las autoridades municipales estuvieron presentes para oír el mensaje de Jesucristo. El Espíritu Santo tocó los corazones, y pudimos ver cómo muchos de aquellos que unos días atrás protagonizaron aquel conflicto se reconciliaron unos con otros, y la paz comenzaba a reinar. Casi en su mayoría, el pueblo asistió a las cuatro noches de cruzada.

Pero recuerdo en especial la tercera noche. Luego de predicar, de hacer el llamado al altar, la oración por

liberación, orar por los enfermos y tomar algunos testimonios, descendí de la plataforma para orar personalmente por aquellos que así lo quisieran. En esa tarea me encontraba cuando me acerqué a un hombre que esperaba para ser ministrado. Su aspecto era muy particular. Medía un metro noventa, aproximadamente, y poseía una estructura física muy grande. Tendría unos 30 años. Cuando fui a orar por él, una voz grotesca, casi como un gruñido, me dijo: "¿Qué viniste a hacer?".

El Espíritu Santo me mostró que aquel que me hablaba era el hombre fuerte de aquella ciudad y estaba oponiendo resistencia porque no le agradaba lo que estábamos haciendo.

Al instante, comencé a sentir en mi cuerpo temblores. Todos los músculos de la cara me temblaban. Incluso las rodillas y las piernas, hasta los brazos, a pesar de que no estaba moviéndome. Era la primera vez que experimentaba una situación semejante. Sin embargo, en ningún momento el temor se apoderó de mí. Comprendí que la presencia satánica en aquel hombre era tan fuerte que hacía temblar hasta mis músculos.

Levanté inmediatamente mi vista para mirar sus ojos. En ese momento, y por primera vez en mi vida, vi la mismísima cara de Satanás. Los que estaban a mí alrededor sufrieron la misma experiencia. Su reacción inmediata fue hacerlos retroceder, alejándose como a diez metros de distancia. Solo quedó junto a mí uno de mis colaboradores, aguardando una directiva de mi parte.

Entonces me dirigí hacia el espíritu y le dije:

—Satanás, en el nombre de Jesús, te ato.

Mientras, con la autoridad del Señor, le ordené al muchacho que bajara sus manos, que sostuviera sus brazos junto a su cuerpo, porque intentaba ahorcarme, y se quedara inmóvil. Ahora se encontraba rugiendo y temblando, pero paralizado en el lugar en que lo até, con sus manos recogidas hacia sus muslos, sin poder moverse.

Seguí mi tarea de oración por el resto de las personas que estaban en el altar. El hombre quedó inmóvil durante todo ese tiempo, a un costado, aguardando la siguiente orden que le daría.

Muchas situaciones particulares ocurrieron durante aquel momento. Algunos se alejaban, porque temían que quizás el diablo iría a atacarlos. Otros, incluso ministros, no se atrevían a estar cerca, temiendo que algún espíritu fuera a apoderarse de ellos. Luego de treinta años de ministrar liberación, puedo asegurarte que de ninguna manera esto podía suceder. Nunca jamás tuvimos la experiencia de ver un demonio salir de una persona y entrar en otra. Así que nadie debiera temer por algo así. El pecado es la única llave de acceso que Satanás posee para ingresar en una persona.

Todos pudieron ver, durante media hora, que incluso el hombre fuerte de aquella ciudad, aquel que tenía dominio sobre todos los principados, debió sujetarse y no pudo hacer otra cosa que obedecer a la orden que se le dio en el nombre de Jesús. Mi predicación de esa noche

se había referido a la autoridad que poseemos los hijos de Dios sobre el mundo de las tinieblas. Por medio de aquel hecho Dios lo hizo visible.

Cuando terminé de orar por todas las personas, me acerqué otra vez al muchacho y le di la siguiente orden al diablo:

—Satanás, en el nombre de Jesús, te ordeno que dejes a esta persona en este mismo momento.

Al instante cayó pesadamente al suelo, y luego abrió sus ojos. Pudimos ver en su rostro una sonrisa de alivio y libertad. Se puso en pie y con las manos en alto dio gloria a Dios. ¡Satanás lo había soltado! ¡Aleluya!

A través de esta experiencia, una vez más, Dios me dio una enseñanza. La autoridad de sus hijos será probada, para que así demuestren que creen en aquello que les fue delegado. Otro hubiera sido el final de la historia si no hubiese creído que tenía autoridad en el nombre de Jesús. Seguramente hubiera terminado golpeado fuertemente por aquel hombre que estaba bajo la influencia del diablo. Pero si algo tenía muy en claro en aquel momento es que tenía autoridad —no la humana—, y que sin el Señor nada hubiera podido hacer frente a aquel espíritu, sino en el nombre de Jesús. Y esa autoridad es dada a la Iglesia por Jesucristo. Si crees, tienes autoridad.

Las personas que ministran liberación en la carpa no son líderes, pastores ni gente con un llamado o don especial. Son hermanos de las congregaciones que participan en la campaña, y a los cuales les enseñamos lo que

significa la autoridad. Puedo asegurarte que, al final de cada cruzada, cada uno de ellos comprobó que funciona. El Señor nos dio autoridad a todos los que creemos. No son necesarios títulos ni antigüedad, solo creer.

Doy fe de esto porque estando recién convertido, con apenas meses de creyente, sin saber absolutamente nada, creí y las cosas comenzaron a suceder. Lo único que tenía era fe. Y eso fue suficiente para que la autoridad de Dios y las señales comenzaran a manifestarse.

La autoridad es para todos los que creen

Contrariamente a lo que muchos creen, la autoridad espiritual no es algo privativo de una persona, de un don especial ni de un ministerio específico, no es algo extraordinario, sobrenatural, que vivimos solo en ocasiones especiales. Jesús hizo posible que el creyente disponga de ella todos los días de su vida. La autoridad es algo cotidiano; debiera estar presente en la vida de manera práctica y ser utilizada en todo momento que fuera necesaria.

Tienes que saber que posees autoridad para enfrentar al mundo de las tinieblas, al diablo y todas sus huestes. Es lo que sucede cuando creemos y tomamos autoridad en el nombre de Jesús.

Muchos me preguntan si el ministerio de liberación es un ministerio específico. Jesucristo no lo enseñó así. Él dijo: *"Estas señales acompañarán a los que crean: en mi nombre expulsarán demonios"*. No hay límites; todo aquel

que cree, que confía y que aprende a conocer la perfecta voluntad de Dios tiene poder y autoridad. Lógicamente, existen ciertos requisitos. No podemos vivir de acuerdo a nuestro parecer, sin consultar la voluntad de Dios, y pretender ejercer dominio sobre el mundo espiritual. La Biblia nos enseña cómo debemos vivir y comportarnos para tener autoridad.

Y nadie puede tenerla, si primero no está sujeto a autoridad.

Si vivimos bajo autoridad, Satanás deberá someterse a nuestras órdenes; pero si vivimos irregularmente en todas las cosas, ¿qué autoridad vamos a tener para vencer al diablo? Mejor que ni se nos ocurra intentarlo, porque nos sucederá como a los hijos de Esceva,[3] los demonios no nos respetarán y serán ellos quienes ejercerán dominio sobre nuestras vidas.

De sacerdotisa de las tinieblas a sierva de Jesús

Recuerdo una noche que estaba ministrando en una campaña, cerca de un lugar donde había muchos centros de brujería, magia, espiritismo, macumba y toda clase de actividad relacionada con el ocultismo. Una mujer de gran tamaño y aspecto grotesco se acercó para ser ministrada. Me llamó la atención que en su cabeza no había cabello, sino que la cubría con un pañuelo.

3. Ver Hechos 19:13-16

Ni bien me acerqué, y antes de que pudiera imponer mis manos sobre ella, comenzó a sacudirse. Inmediatamente, dos colaboradores que se encontraban a mi lado intentaron sujetarla, porque veían que se abalanzaba con furia hacia mí. Cuando tomé autoridad sobre el espíritu que dominaba a la mujer, estos dos ujieres, creyendo que la persona iría a atacarme e intentando protegerme, no tuvieron mejor idea que sujetarme por ambos brazos para retirarme hacia atrás, pensando que así evitarían que fuera golpeado. Pero a lo largo de los años he aprendido, porque Dios así me lo ha enseñado, que en los asuntos de autoridad espiritual no se actúa de esta manera. Cuando una persona toma autoridad, los demás se quedan quietos, tranquilos, nadie debe hablar, ninguno debe interferir. Ocurre muchas veces, y lo he visto en cantidad de congregaciones, que cuando una persona se manifiesta muchos son los que oran, gritan y reprenden a los espíritus. Pero a ninguno de ellos el diablo obedecerá, porque él respeta la autoridad. Cuando esto sucede, se hace ineficaz el trabajo, porque se quitan el uno al otro la autoridad.

Entonces, mientras intentaban defenderme, la mujer dio un manotazo y con la punta de sus dedos logró lastimarme apenas el borde de los labios. Tuve que quitar a los colaboradores de mi lado y pedirles que no me tocaran porque yo no necesitaba ningún tipo de protección. Sabía muy bien que, en el nombre de Jesús, el diablo no puede tocarme siquiera un pelo.

Así fue como me dirigí hacia la mujer y la até en el nombre de Jesús. En ese momento, el Espíritu Santo me reveló que ella era una bruja. Inmediatamente me acerqué y le dije al oído:

—En el nombre de Jesús, si hoy no te arrepientes este es el último día de tu vida porque Dios te lleva.

En ese mismo instante, la mujer cayó como fulminada en el suelo. Mi siguiente pensamiento fue: "¿Cómo, Señor?, ¿tan rápido?". Inmediatamente fue llevada por cuatro colaboradores a la carpa de liberación. Y después de eso, le perdí el rastro.

En nuestras cruzadas, cuando una persona se manifiesta, los ujieres la llevan a la carpa de liberación. No acostumbramos atenderla a la vista del público. Creemos que es importante respetar su privacidad y no exponerla a la vergüenza de aquellos que observan. Esa es la finalidad de la carpa de liberación. Allí se conversa, se la ministra y la persona confiesa y renuncia a los pecados que la atan.

Esta mujer tenía mucho para confesar porque era una bruja practicante, de alto nivel. Había realizado muchos pactos y se había rodeado de discípulos que la seguían. Así que permaneció en la carpa por varias horas. La cruzada terminó y no volví a saber de ella.

Para mi sorpresa, en la siguiente campaña que realizamos no muy lejos de aquel lugar, vino a contar su experiencia una mujer de aspecto delgado, bien vestida, con cabello en su cabeza. Aunque estaba transformada por

completo, era la misma que vino aquella noche. Dio testimonio de que la noche en que fue tocada por el Espíritu Santo y quedó libre de todas sus ataduras, recibió la sanidad de la enfermedad que hasta ese momento le estaba quitando lentamente la vida. Tenía cáncer. Pero Dios, en su misericordia, le dio una segunda oportunidad y la convirtió en una mujer nueva, libre de todas sus cadenas, de la tristeza y la amargura que dominaban su vida, y sana de aquella terrible enfermedad. Había renunciado a los pactos y prácticas del ocultismo, y prometido a Jesús que a partir de ese mismo día sería una sacerdotisa, pero ya no del diablo, sino una sierva de Jesús.

Autoridad para libertar

El mismo poder que Dios le dio a los doce y a los setenta nos lo dio a nosotros. ¿Qué hacemos mientras los enfermos se mueren y el diablo destruye las familias? Hay personas que se suicidan a cada rato.

Qué triste sería que Dios no desatara las ligaduras y las personas vivieran atadas, oprimidas, subyugadas por los poderes del diablo, sin que nadie pudiera hacer nada por ellas. Pero gracias a Dios, Jesucristo, el que tiene compasión por los que sufren, nos dio autoridad y potestad, y nos dijo: "Estas señales seguirán a los que creen: En mi nombre echarán fuera los demonios que oprimen, que atan, que subyugan, que destruyen la vida de las criaturas en la Tierra".

Dios preparará el momento para que pongas por obra lo que has recibido, porque también tienes poder para echar fuera demonios, para ejercer autoridad sobre el mundo espiritual. Así que sé sabio, vive de una manera digna del Señor y usa la autoridad que Él te ha dado para cumplir con sus propósitos.

Capítulo 6

EL EVANGELIO ENCUBIERTO

El cuartel de Satanás[4]

Sucedió, en una oscura noche en el cuartel general de Satanás, que los príncipes de las regiones traían información sobre sus territorios.

—Bien, ¿cuáles son las noticias? —preguntó Satanás, levantando la cabeza e interrogando con su rostro.

—¡Las mejores, Señor! —respondió el príncipe de la Región I—. No pudieron cumplir su objetivo.

—Así que lo intentaron —dijo el líder, fijando la vista en el ángel caído.

---

4. Adaptado del libro *Pasión por las almas.* Oswald Smith (Editorial Clie, Barcelona, 2009).

—Sí, mi Señor, pero fue en vano, todos sus esfuerzos fueron frustrados —contestó haciendo una reverencia y gloriándose por la reciente victoria.

—Y ¿cómo fue? ¿Tuviste mucho trabajo? ¡Cuéntamelo todo! —Satanás ya prestaba mucha atención.

—Bien —comenzó el príncipe—. Me encontraba merodeando dentro de mis dominios, cuando oí a un pastor comentar que se llevaría a cabo una reunión unida con todos los pastores de la ciudad para analizar la posibilidad de realizar una campaña evangelística.

—¡Ah, sí! ¿Y qué hiciste? —interrumpió Satanás, impaciente por oír el final del relato.

—Ante todo, llamé a las huestes de las tinieblas que operan bajo mis órdenes, y efectué con ellas una reunión. Se hicieron muchas sugerencias, pero finalmente nos pusimos de acuerdo en que lo mejor sería conseguir que no trabajaran unidos. Fue muy fácil lograrlo. Sencillamente tuvimos que recordarles que algunos de los pastores que irían a esa reunión eran producto de la división de su organización; incluso algunos habían dividido su propia congregación. Diseminamos sentimientos de rencor y raíces de amargura. Pero esto no fue todo, también sacamos a relucir pecados del pasado; gracias a los comentarios que hicieron sus propias ovejas cuando pasaron de una congregación a otra criticando a los que alguna vez habían sido sus compañeros de milicia, sembramos pensamientos de celos y envidias. Con otros, fue aún más simple. Lo único que tuvimos que hacer fue recordarles que aquellos

con los cuales se unirían para trabajar no tenían la misma doctrina que ellos profesaban. Fue fácil que se apartaran del objetivo. Finalmente, lo único que tuve que hacer fue dar la orden de esparcir sobre ellos un espíritu de contienda y división, y ese fue el toque final para destruir su intento de unidad. Hoy están más peleados y desunidos que antes. Nuestra tarea fue todo un éxito. Puedo decir que todo está tranquilo en mi dominio.

—¡Excelente! ¡Buen trabajo! Me has rendido un buen servicio —comentó el querubín caído, con una expresión de satisfacción en su rostro, el que una vez fuera hermoso.

Los gritos y los aplausos retumbaron en aquel oscuro y espantoso lugar.

—Continúa tu labor, príncipe de la Región I. Sigue matando, destruyendo a todos a tu paso: jóvenes, matrimonios, ancianos, niños... Más drogas, alcohol, sexo y violencia sigan arruinando la región bajo tu dominio. ¡Tienes el camino liberado!

Luego, volviéndose al príncipe de la Región II, preguntó:

—¿Y qué tienes tú para informar?

—Yo también tengo algo que relatar que llenará de gozo a Vuestra Majestad —contestó el príncipe.

—¡Ah! ¿Se ha hecho también alguna tentativa de invadir tu región? —preguntó Satanás con creciente interés.

—Por cierto que sí —contestó el príncipe—. Me hallaba en cumplimiento de mis deberes dentro de mi territorio, en el cual solo hay unos pocos templos, destruyendo

congregaciones, dividiéndolas, impidiendo el surgimiento de nuevos siervos del innombrable [Jesús], cuando oí la noticia de que nuevos misioneros venidos de otros países se dirigían hacia mi región. Enseguida reuní a mis fuerzas con el fin de discutir la situación, y pronto nos pusimos de acuerdo sobre un plan que prometía éxito completo. Enviamos un fuerte espíritu de enfermedad sobre los misioneros, los cuales pronto decidieron dejar atrás su llamado creyendo que tal vez se habrían equivocado, y que quizás predicar el Evangelio no sería su tarea más importante.

Y no solo eso, mi Señor —continuó el príncipe—. Usamos a las personas que están bajo nuestro dominio para aumentar el precio de los alquileres de los lugares en los que se reunían, y logramos que se alejaran definitivamente de nuestro territorio.

Al terminar su informe, un gran grito de alegría estalló en la asamblea, mientras todos reverenciaban la majestuosa figura de Satanás.

—¿Y qué tienes tú para informar? —preguntó, dirigiéndose a otro ángel caído—. ¿Eres aún amo de la Región III, mi príncipe?

—Temo que mis noticias no son buenas, Señor —respondió lentamente el príncipe, con una mirada de terror, apenas levantando los ojos.

—¡¿Cómo?! —tronó Satanás, controlándose con dificultad—. ¿No pudiste dominar mi imperio?

—Hicimos todo lo posible, Vuestra Majestad, pero fue en vano.

—¡Tan inútil eres que no pudiste detener esa campaña de evangelización! —rugió el enfurecido jefe.

—No solo no pudimos detenerla, sino que esta continuará más tiempo de lo programado. Llevan ya cuarenta noches evangelizando, son muchos miles los que oyeron y también los que fueron sanados. ¡Es un caos, mi Señor!

Incluso hay pastores y congregaciones enteras que llegan de lejanos lugares para colaborar. ¡Nuestros discípulos, los brujos, también se convierten, Su Majestad. ¡Es un fracaso completo!

—¡No es posible! Te he enviado muchas legiones en apoyo, y aun así ¡no lograste nada!

Satanás estalló en una furia incontrolable. El aire mismo fue lleno de un millón de espíritus. Sus principales jefes quedaron amedrentados ante él y pugnaron por alejarse de sus terribles ojos. El silencio pareció ejercer un poder de encantamiento sobre el numeroso auditorio.

Luego, con paso lento y cabizbajo, se adelantó el príncipe y se paró temblando ante su soberano.

—No pude impedirlo de ninguna manera. Nuestras fuerzas trabajaron día y noche tratando de vencerlos, pero el ejército celestial fue aún mayor. Su Padre les envió muchas legiones de ángeles para que los protegieran y nos han vencido en todos los frentes. Parece que se ha iniciado un movimiento con el único propósito de evangelizar. Toda la Iglesia se puso a orar y a interceder. Nos atacan

día y noche con sus cadenas de oración y ayuno. El bombardeo y la guerra son brutales. Todos evidentemente saben que Cristo no vendrá a reinar mientras no se predique el Evangelio en toda lengua y nación.

¡Oh, sí! —continuó con voz temblorosa—. Luchamos, pero no los pudimos resistir. Siguieron siempre adelante y nada los detuvo.

—¡¿Y ahora?! —rugió Satanás—. ¡Todo está perdido! Miles se han salvado, y esta noticia que acabo de recibir ahora es la peor de todas. Él podría venir ahora mismo. No tardará mucho, porque con la visión que esta gente tiene, cada tribu, lengua y nación serán alcanzadas con la predicación del Evangelio. Y, luego, ¿qué será de mí? ¡Pobre de mí!

La responsabilidad de la Iglesia

Un día, cuando estaba intercediendo, Dios me mostró una visión. Me encontraba en un lugar bellísimo. Allí había pasto muy verde, de un color increíble, flores y plantas de todos colores y formas; algo tan especial como nunca antes había visto. Se encontraba también una multitud de personas sonrientes, felices, que disfrutaban de aquel bello lugar. Al verlo, pensé que estaba en el paraíso. Pero, de pronto, detrás de toda esa visión, vi un alambrado muy alto, infranqueable, imposible de atravesar. Entonces me pregunté qué era aquel lugar. Comencé a acercarme hacia el cerco y, para mi sorpresa, del otro lado

todo era de un color ocre, seco, sin vegetación, como si fuera un desierto. Vi también sombras; me acerqué lo más posible, y noté que eran personas que habían vivido durante muchos años en el desierto. Gente con sus ropas desgastadas, sus cabellos sucios, sus labios partidos por la sed. Todos miraban desesperados hacia el oasis que se encontraba del otro lado, donde yo me encontraba junto con aquellos que habíamos creído. Algunos venían tendiendo sus manos pidiendo ayuda, otros llegaban arrastrándose, pero todos miraban como pidiendo algo. Solo se escuchaban las siguientes palabras: "¡Ayúdennos! ¡Agua, por favor!". Se dirigían hacia los que estábamos del otro lado, que no podíamos de ninguna manera cruzar aquel gran cerco, ni tampoco ellos pasar hacia donde nosotros estábamos.

Entonces, de pronto, siento que algo me dice en mi corazón: "Dile a mi Iglesia que tumbe toda barrera, todo cerco, todo vallado que los separa de aquellos que tienen hambre y sed, no de pan y de agua, sino de Dios".

Esa es la responsabilidad de la Iglesia.

Que el mundo conozca a Jesucristo sigue siendo nuestra tarea. Si queremos ganar a los perdidos, debemos salir a pelear en el territorio enemigo, porque el mundo entero está bajo el maligno.

Sabemos que somos de Dios y, si amamos a las personas, tendremos que ir al campo del diablo, el mundo, y arrebatarle las almas que tiene cautivas bajo sus garras. Dios nos envió a arrebatárselas. Pero debemos entender

que no podemos entrar allí con las manos vacías, desprovistos de las armas necesarias para ganar la batalla.

La dureza del corazón

Muchas veces nos excusamos diciendo que las personas no se convierten por la dureza de su corazón. Pero no es así.

Recuerdo cuando llegué a un país de Europa. Estaba hablando con un grupo de pastores. En medio de la conversación, uno de ellos me dijo:

—Aquí se hace difícil la evangelización porque los habitantes de esta ciudad tienen el corazón duro.

No le di respuesta, pero me quedó grabada esa frase.

El lugar donde estábamos era muy hermoso, cerca del mar. Desde nuestro sitio, podían verse muy bellas casas. Algunas de ellas eran mansiones, con tres, cuatro y hasta cinco plantas. Por supuesto, vivía gente de mucho dinero y una posición social elevada. Admirado por toda esa belleza y contemplando aquel paisaje, Dios me habló y me dijo:

—Carlos, ve, golpea la puerta de cualquiera de esas casas, diles que les vas a hablar de mí y te escucharán.

Comprendí entonces aquel pasaje de la Escritura que dice: "*¿Y cómo creerán en aquel de quien no han oído? ¿Y cómo oirán si no hay quien les predique?*"? (Romanos 10:14). Si sentimos temor de hablar, nunca lograremos evangelizar el mundo entero.

Estuve en aquella ciudad nueve noches, en una carpa gigantesca, con capacidad para albergar entre ocho y nueve mil personas. Para sorpresa de muchos, estuvo colmada de gente todo el tiempo que duró la campaña. Aquellos que habían dicho que no se podía evangelizar a causa de la dureza del corazón pudieron ver cómo aproximadamente dos mil personas pasaban cada noche con su mano en alto a recibir a Jesús.

El Evangelio encubierto

La responsabilidad de la evangelización depende de nosotros, y no de las personas que tienen que oír. En 2 Corintios 4:3-4 dice:

> *Pero, si nuestro evangelio está encubierto, lo está para los que se pierden. El dios de este mundo ha cegado la mente de estos incrédulos, para que no vean la luz del glorioso evangelio de Cristo, el cual es la imagen de Dios.*

¿Por qué está encubierto el Evangelio? Porque el dios de este siglo, el ladrón, el usurpador, cegó la mente, el entendimiento, de los incrédulos para que nos les resplandezca la luz del Evangelio.

No existe el corazón duro para Dios, sino que Satanás por medio del espíritu de incredulidad ciega el entendimiento, la mente de las personas. Si la gente no cree es porque hay un demonio de incredulidad que la gobierna.

Entonces, si nuestro Evangelio está encubierto y el dios de este siglo ha cegado el entendimiento de los incrédulos, ¿qué debemos hacer para que la gente crea? Echar al dios de este siglo de la región, y decirle: "¡Satanás, demonio de incredulidad, suelta las mentes!". Cuando Satanás suelta las mentes, la luz del Evangelio resplandece.

A mí siempre me gustó ir a predicar a las casas. Cuando puedo o cuando me invitan a orar por alguien en su casa les predico a todos los integrantes de la familia. Si no aceptan a Cristo, no hay oración; si aceptan, oro para que el Señor haga milagros. Yo no soy curandero, primero les predico. Me he encontrado con muchas clases de personas. Recuerdo un día en que visité a una familia. Comencé a hablarles del Señor, y todos los miembros de la familia estaban oyendo; todos, menos la abuela, que se encontraba en la cocina, pero prestando atención a lo que hablaba. En el transcurso de la conversación (y hasta ese momento, parecía que todos estaban de acuerdo con lo que les decía), la abuela salió de la cocina para interrumpirme y decirme:

—Ustedes piden el diezmo.

Sorprendido por su comentario, que no tenía nada que ver con lo que les estaba diciendo, y tratando de no perder el hilo de la conversación, le dije:

—No, señora, esto no es así, no se confunda. —Y le expliqué.

—Ah —dijo ella, y se fue nuevamente a la cocina.

Volví a retomar el hilo de la conversación y, otra vez,

cuando estaban todos escuchando atentamente, apareció en la sala.

—Pero ustedes no creen en María

Esta vez debí explicarle que creemos en María, que amamos a María, pero que no la veneramos porque no es Dios, Dios es Jesús. Para esto, ya me encontraba bastante fastidioso porque cuando parecía que la familia estaba por entregarse a Jesús, ella aparecía con uno de sus comentarios para interrumpirme y entrometerse en lo que estaba sucediendo. Así que, cansado de la situación, hice lo que creí necesario: pedí permiso para ir al baño. ¿Qué fui a hacer? Me puse de rodillas. Y como pude, comencé a decir: "¡Satanás, demonio de incredulidad, espíritu de contienda suelta las mentes ahora!", y me puse a orar. En pocos minutos me subió el calor. Era un lugar bastante reducido para hacer guerra espiritual. Al fin, terminé mi oración. Cuando salí del baño, estaba bañado en transpiración. De repente, acaparé las miradas de todos los que estaban allí, que quedaron sorprendidos por mi aspecto. Me senté nuevamente en el salón y detrás de mí apareció otra vez la abuela. Esta vez me sonrió, se sentó junto a mí y me dijo:

—Pastor, es muy lindo lo que nos está compartiendo, continúe por favor con lo que nos estaba diciendo.

En conclusión: todos en esa familia aceptaron a Jesús, ¡incluso la abuela!

Recordemos que no tenemos lucha contra carne ni sangre.

Nuestros enemigos son los principados y potestades.

Tenemos poder y autoridad en el nombre de Jesús, pero Satanás va a reconocernos solamente cuando ejerzamos esa autoridad. Él ya no tiene derechos sobre nosotros, pero no querrá soltar fácilmente lo que nos ha robado por tanto tiempo. En ese momento es cuando, parados en la autoridad del nombre de Jesús, le ordenamos que suelte las almas que tiene cautivas y que no le pertenecen. Entonces comienza una lucha de poderes. Tenemos la victoria en nuestras manos, pero el diablo no querrá reconocerlo, porque es un sinvergüenza, un ladrón. No se quedará quieto, va a luchar por esas almas. De ahí la importancia de saber cuál es la autoridad que Dios nos entregó y cuáles las armas con las que contamos.

El accionar de Satanás

En el año 1985, toda la ciudad de Rosario fue conmovida por el poder del Evangelio. Vimos miles y miles de personas convertidas a Jesús. La mayoría de las iglesias de la ciudad participaron activamente en la campaña. No importaron las denominaciones, todas se integraron con el fin de ganar a los perdidos para Cristo. Pudimos ver también milagros sorprendentes, cosas preciosas que Dios hizo en aquel lugar.

Pero lo que quiero contarles ocurrió diez años después de esa fecha, al regresar nuevamente a Rosario a realizar otra cruzada. Un día, después de interceder, me

dirigí al centro de la ciudad a realizar unas compras. Era, en apariencia, un día como cualquier otro: soleado, de clima templado, de buenas condiciones climáticas y sin un pronóstico que dijera lo contrario. De repente, mientras caminaba, comencé a ver en la vereda cómo volaban los papeles y las hojas de los árboles; sentí que soplaba un viento extraño. No era un viento normal. Al alzar la mirada hacia el cielo, noté que las condiciones climáticas no estaban dadas para que se produjera una tormenta. Pero el viento seguía soplando de manera poco habitual; eso me llamó profundamente la atención.

Rosario se encuentra en la provincia de Santa Fe, al norte de la provincia de Buenos Aires. Comencé a prestar atención y me di cuenta de que ese viento extraño provenía del sur. Desde Buenos Aires avanzaban hacia donde yo estaba unas nubes que, de manera muy rara, a distintas alturas, comenzaban a unirse en un solo punto: justo arriba de la ciudad de Rosario, donde realizaríamos la cruzada. En pocos segundos, las nubes oscurecieron toda la ciudad, taparon con su espesor la luz del sol y llenaron el aire de ese viento espeso, un sopor indescriptible.

En ese momento, escuché a Dios hablarme. Me dijo lo siguiente:

—Carlos, lo que ves son legiones de demonios que vienen desde Buenos Aires a contrarrestar la campaña.

La lucha del diablo se estaba haciendo patente y real; pude ver con mis ojos el accionar y el movimiento que el diablo producía para que el Evangelio no fuera predicado.

Entendí que no solo los principados que tenían control y dominio sobre la ciudad de Rosario operarían en contra del ejército de Dios, sino que estaban llegando "refuerzos" desde la provincia de Buenos Aires.

Satanás se estaba preparando para detener el avance de la cruzada e impedir que miles de almas pudieran llegar a los pies de Jesús.

Por esta razón es que no me canso de decir que la Biblia es muy clara cuando dice que no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes.

Esta experiencia me volvió a confirmar la importancia que tiene la batalla, la guerra espiritual y la resistencia de nuestro adversario para tratar de detener el avance del Evangelio.

Arrebatémosle las almas al diablo

No podemos orar al Señor pidiendo que Él haga lo que a nosotros nos corresponde y sentarnos a esperar que las cosas ocurran. Él nos otorgó la autoridad para que la ejerzamos y para que ordenemos al diablo soltar las almas en el nombre de Jesús.

Como hijos de Dios, vamos a reclamarle nuestra ciudad, nuestra nación para Cristo, pero también vamos a luchar por eso. El diablo no va a entregar nada si no luchamos. Satanás no va a regalarnos nada. Se lo tendremos

que arrebatar en el nombre de Jesús. ¿Queremos la ciudad? Entonces debemos ordenarle: "¡En el nombre de Jesús, Satanás suelta la ciudad!". Esa es la manera. En la medida que nosotros oremos, los principados y las potestades comenzarán a tambalearse. Entonces veremos a la gente corriendo a los pies de Jesús. Cuando el mundo espiritual comience a removerse y a sacudirse, no importará a quién le predique, cuál sea su estatus social o económico, tampoco su cultura, sin duda se convertirá porque ya no habrá influencia.

Si quieres ver tu ciudad transformada por la luz del Evangelio, deberás tomar autoridad y pelear en oración e intercesión contra el diablo y sus huestes, y ordenarle al espíritu de incredulidad que suelte las vidas en el nombre de Jesús, para luego predicarles el Evangelio.

Cuando los pastores comienzan a unirse en una ciudad para hacer una cruzada de salvación, todo el infierno se mueve. El príncipe del lugar, con todas sus potestades y huestes, comienza a poner obstáculos, barreras, para que esto no se lleve a cabo. El relato del comienzo del capítulo es una clara ilustración de esto.

Una ciudad transformada por el poder de Dios

Por el año 1984, en los comienzos de nuestro ministerio, nos preparábamos para realizar una campaña en la ciudad de Mar del Plata. Habíamos planificado que duraría quince días consecutivos, con la posibilidad de que se extendiera a veintiún días.

Cuando llegamos a aquella ciudad balnearia en la costa de la provincia de Buenos Aires, nos alojamos en un hotel ubicado frente al mar. En aquel momento, Mar del Plata era la ciudad turística más importante de la Costa Atlántica. Entre doscientas y trescientas mil personas la visitaban cada verano.

Mientras un hermano del ministerio se ocupaba de los detalles con la administración del lugar, me quedé esperando en el salón de entrada, mirando el paisaje por un gran ventanal. También se encontraba allí una mujer, recostada sobre una de las columnas del hotel. Al verme entrar, se dirigió rápidamente hacia mí, y tomándome de la solapa del saco, me dijo, casi como implorándome:

—¡Por favor, háblame de Jesús! Me quedé muy sorprendido porque no conocía a esa mujer ni esta me conocía a mí. Era la primera vez que yo visitaba la ciudad para hacer una campaña, de modo que ella no sabía absolutamente nada de nosotros ni de lo que hacíamos. ¿Qué fue entonces lo que la movió? Pensamos que fue el Espíritu Santo quien le trajo convicción de pecado.

Ese día pensaba suicidarse porque no podía seguir adelante con su vida, ya que la abrumaban muchos problemas. Yo no sabía cuáles eran exactamente sus conflictos, pero sí pude ver la desesperación con la que se acercó a pedirme que le hablara de Jesús. Luego de presentarle el Evangelio, con lágrimas en sus ojos, aceptó a Jesús y fue la primera persona que se convertiría en aquella gran cruzada del año 1984.

Todavía sorprendido por lo que acababa de experimentar, subimos con el equipo a la habitación del hotel. Al ingresar al lugar, uno de los hermanos del ministerio se acercó hacia la ventana que daba al mar, movido por algo muy extraño que veía. Inmediatamente me contó lo que estaba sucediendo. Podía ver con mucha sorpresa cómo tres enormes gigantes se alzaban sobre el mar, intentando apoderarse de la ciudad. Pero algo parecido a una enorme pared invisible se los impedía. Alrededor de ellos podían verse cantidad innumerable de demonios que saltaban sobre las aguas, rebotando contra aquella gran pared que los detenía. Yo quedé muy sorprendido por aquel relato, y el hermano estuvo conmocionado por un buen tiempo.

Esa visión en la habitación del hotel la vimos concretarse al comenzar la cruzada. Una de las características de aquella campaña fue que todas las iglesias de la ciudad participaron. Menonitas, Hermanos Libres, Bautistas, Alianza Cristiana, Pentecostales, Libres, Asamblea de Dios, Movimiento Cristiano y Misionero, Ejército de Salvación..., todas las denominaciones que difícilmente realizarían alguna actividad en conjunto estaban unidas trabajando con un mismo propósito, un mismo fin: evangelizar la ciudad de Mar del Plata.

Al inicio de la campaña, las cosas sobrenaturales comenzaron a ocurrir: las personas caían en las calles, se manifestaban en las casas, había milagros de Dios por doquier. Cuando vimos el gran mover del Señor sobre aquel

lugar, decidimos extender las reuniones. No fueron quince ni veintiún días: llevábamos cuarenta y cinco noches cuando, por la cantidad de personas que se acercaban al predio, tuvimos que cambiar de ubicación y trasladarnos al estadio de la ciudad por quince días más.

Más de ochenta y tres mil personas aceptaron a Jesús en aquella gran cruzada: "Mar del Plata, Jesús te ama", en el año 1984. Los medios de prensa y las revistas más conocidas a nivel nacional decían en sus titulares: "La campaña de los evangélicos junta más personas que todos los teatros y espectáculos juntos". En los estadios de fútbol de la ciudad, las hinchadas tenían un nuevo canto: "El hombre de Galilea", nuestro coro lema.

Los milagros se multiplicaban, las muelas eran emplomadas con metal del cielo. El gran mover de Dios y las cosas sobrenaturales que allí ocurrieron yo las atribuyo, primero, a la intercesión y a la guerra espiritual y, luego, a la unidad de la Iglesia. Pudimos ver con alegría cómo el hombre fuerte estaba sujeto y no podía entrar a la ciudad.

Esto nos muestra claramente el poder de la intercesión, y que aquello que Jesús dijo es real: "Padre, que sean uno para que el mundo crea" (ver Juan 17).Si queremos vencer a aquel que vino a robar, matar y destruir, como Iglesia, como Cuerpo de Cristo, no podemos dejar de orar, interceder y hacer guerra espiritual.

Cuando el hombre fuerte pierde la autoridad, cuando el príncipe es atado, cuando los principados son arrojados, la gente comienza a creer. Automáticamente, el dios

de este siglo pierde autoridad, suelta las mentes y el Evangelio resplandece.

Por eso no tenemos lucha contra carne ni sangre. La Iglesia tiene poder y autoridad y debemos usarla.

La victoria está en nuestras manos

Preparémonos para ver a las multitudes y decirles: "Jesús te ama". Dios tiene compasión por nuestra tierra, por nuestra gente. No demos un solo paso atrás, ya hemos retrocedido demasiado. Satanás ha ocupado todos los espacios vacíos. Hemos dejado los parques, las plazas, los estadios y las calles para que él trafique con el pecado y el dolor de la gente. No renunciemos más a un solo derecho que tengamos como cristianos.

Dios nos ha concedido la facultad de conquistar la tierra. Lo que hemos visto y oído es nada comparado con lo que Él quiere darnos. Las verdades de Dios deben ser proclamadas a los cuatro vientos para que Satanás calle sus mentiras. Que las paredes no detengan más nuestras palabras, que el mensaje de verdad tumbe todos los obstáculos. El norte, el sur, el este y el oeste deben oír el mensaje del Evangelio.

Estemos dispuestos a ir presos si es necesario como nuestros hermanos de la antigüedad. Con arrojo, valor, intrepidez. Dios no nos mandó a pelear contra el pecador, sino a enfrentar el pecado y luchar contra él. ¿Y quién está detrás del pecado? El que vino a robar, matar y destruir.

Dios no ha cambiado, Jesucristo es el mismo. Señor, concédenos que con todo denuedo prediquemos tu palabra.

Ahora, Señor, (...) concede a tus siervos el proclamar tu palabra sin temor alguno. Por eso, extiende tu mano para sanar y hacer señales y prodigios mediante el nombre de tu santo siervo Jesús.

—HECHOS 4:29-30

Capítulo 7

UN LLAMADO A LA MADUREZ ESPIRITUAL

En mi juventud, cuando todavía no conocía al Señor, dediqué mi vida al trabajo. Deseaba darle a mi familia un buen pasar económico y tener la seguridad de que nunca sufriría necesidad. Así fue como, con mucho trabajo y esfuerzo, construí mi empresa en la ciudad donde vivo.

Comenzó como una ferretería; con el tiempo, fue creciendo y prosperando hasta convertirse en una proveeduría industrial de insumos de ferretería y maquinarias. Con los años, pude entender que fue el Señor quien bendijo mi vida con esa prosperidad, con el fin de utilizarla como medio de sustento para realizar campañas a lo largo y a lo ancho del país.

Así que, luego de convertido, cuando no me encontraba lejos de casa por alguna campaña, estaba en el negocio viendo que todo estuviera bien y siguiera adelante. A mis hijos les gustaba acompañarme, porque encontraban gran entretenimiento en aquel lugar. Mientras yo me ocupaba de organizar papeles, dar instrucciones a los empleados y supervisar el lugar, ellos se ocupaban de recorrerlo e investigar todo lo que había. Claro que, como todo niño, su diversión implicaba desorden y revuelo por todo lugar que pasaban. Sentían gran atracción por el sector en donde se encontraban clasificados en pequeñas cajas, por rubro y tamaño, los distintos tipos de tornillos, tuercas, bulones, etcétera. En especial manera, les gustaba conseguir unos carros que los empleados utilizaban para transportar cajas pesadas de un sector a otro. Por supuesto que no era para transportar cosas, sino para subirse y ser impulsados por alguno de sus hermanos. Generalmente, terminaban estrellándose contra aquella gran pared de cajas muy meticulosamente ordenadas. Lo siguiente que ocurría era una lluvia interminable de tornillos, arandelas, tuercas y bulones, desparramados y mezclados por el piso.

Lo que para ellos era toda una diversión, producía en los empleados encargados de ordenar las cajas una furia incontrolable. Así que, luego de la diversión y las carcajadas, venían los llantos y las quejas a papá porque más de un empleado enfurecido descargaba su ira dejando las orejas de mis hijos coloradas por los apretones.

Cada vez que los niños llegaban al negocio, ¡los empleados los corrían y los sacaban de los pelos!

Pero llegó un día en que mis hijos dejaron de ser niños y, como herederos, pasaron a hacer el trabajo de supervisar aquel lugar. Así que quienes mientras mis hijos fueron niños les tiraban el cabello y apretaban sus orejas, ahora eran sus empleados y debían obedecer las órdenes que mis hijos les daban. Mientras fueron niños, aunque eran mis herederos, no tenían la madurez ni la capacidad para ejercer la autoridad de dueños; pero, como adultos y habiendo alcanzado esa madurez, dejaron las cosas de niños, para convertirse en dueños y señores de la empresa.

De la misma manera ocurre con nuestra vida cristiana. Cuando aceptamos al Señor por primera vez, experimentamos un nuevo nacimiento y, como niños recién nacidos, como bebés de pecho, dependemos de otros para nuestro sustento. Aunque tenemos todas las cosas a nuestra disposición, otras personas deben administrarlas porque nuestra capacidad está limitada. Somos herederos pero vivimos como si no lo fuéramos.

La Biblia lo expresa claramente de esta manera:

> *Y, si ustedes pertenecen a Cristo, son la descendencia de Abraham y herederos según la promesa. En otras palabras, mientras el heredero es menor de edad, en nada se diferencia de un esclavo, a pesar de ser dueño de todo.*
>
> —GÁLATAS 3:29–4:1

En nuestra vida cristiana, hay aspectos que, contrariamente a lo que Dios quiere, aún no han alcanzado la madurez que se requiere para ejercer la autoridad que Jesús nos entregó. Aunque pasaron muchos años de aquel nuevo y precioso nacimiento, podemos darnos cuenta de que todavía somos niños. No experimentamos esa vida de libertad que Cristo ofrece, sino que seguimos viviendo como esclavos, aunque somos herederos y señores de todo. El Señor nos ha entregado la autoridad en nuestras manos, pero no somos maduros para ejercerla ante el mundo espiritual.

Uno de los síntomas que demuestran la inmadurez en la vida del creyente es que no puede alcanzar la libertad para vivir una vida plena. Vive siempre esclavo, dependiente de las circunstancias que lo dominan y lo llevan de un lado hacia otro sin poder avanzar.

Asimismo, esta inmadurez se ve reflejada en la Iglesia como Cuerpo de Cristo. Cuando debiéramos estar ocupados en señorear en el mundo espiritual, en cambio, estamos distraídos y preocupados por "cosas de niños".

Al recorrer las naciones llevando este hermoso mensaje de salvación, me he encontrado muchas veces con la Iglesia distraída e involucrada en temas menores, mientras el pecado, el dolor y el sufrimiento crecen a pasos agigantados. Egoísmos, orgullos, celos, envidias, chismes... Unos contra otros, acusaciones, problemas sin resolver... Hijos de Dios que han decidido no volverse a hablar, no juntarse, no trabajar más unidos, no perdonar.

Unos que se piensan mayores y mejores que otros; otros que se sienten menores, despreciados... Usos y costumbres, diferencias de pensamiento, sistemas de trabajo que dividen y separan.

Estos, entre otros síntomas, presentan un desafío a superar. Ha llegado la hora de dejar de lado las cosas menores, las peleas de niños, para comenzar a mirar, amar y trabajar juntos, como Cristo nos enseñó.

Este pasaje de Gálatas nos muestra una realidad espiritual maravillosa: el niño, aunque heredero y dueño de todo, no tiene la capacidad para ejercer la autoridad que le fue dada. Por eso el padre espera hasta el tiempo correcto, para que se manifieste la atribución que al hijo le ha sido dada. Pero no podemos vivir como niños toda la vida, sino que debemos madurar, crecer en el Señor, para ser señores, para tomar y aplicar la autoridad que Dios ya nos ha dado en Jesús.

En Él hemos recuperado la autoridad para vencer al diablo y para generar cambios. La Iglesia de Jesús tiene autoridad para ser generadora de bendición, para revertir la obra destructora del enemigo. Ya nos fue dada, solo resta que crezcamos en Dios, que creamos que Él nos la dio y que comencemos a aplicarla. De esta manera, podremos ver cambios en nuestras vidas, ciudades y naciones. *"Así que ya no eres esclavo, sino hijo; y, como eres hijo, Dios te ha hecho también heredero"* (Gálatas 4:7).

Todo lo que has leído no es producto de una larga investigación o de pasar mucho tiempo leyendo acerca

del tema, sino que se basa en la realidad vivida a lo largo de treinta años de ministerio. Dios nos ha enseñado y llevado a vivir cada uno de los puntos aquí expresados. Por eso compartí gran cantidad de experiencias que me motivan a seguir viviendo conforme la Biblia nos enseña, porque realmente funciona y genera resultados sobrenaturales en Dios.

Creemos que cada principio bíblico que Dios nos dejó en su Palabra no es solo para ser conocido, sino también creído y aplicado. Cuando, como hijos de Dios, podemos vivir según lo que Él nos ha enseñado, automáticamente lo prometido se hace real en nuestras vidas.

Ha llegado la hora de madurar como Iglesia, dejar las cosas que son de niños para tomar la autoridad que Él nos dio, y trabajar juntos para que la gloria de Dios se refleje en nosotros y por nosotros.

No podemos permitir más que Satanás nos lastime, nos moleste. Ha llegado la hora de ponerlo en su lugar, el lugar que Jesús le ha dado. Está derrotado y la Iglesia tiene autoridad sobre él. Jesús ya estableció para nosotros un destino de victoria, y para nuestro enemigo, un destino de fracaso. Es tiempo de tomar nuestro lugar en Dios. Hay un mundo que gime, que está cada día en necesidad más profunda. Hay un mundo que espera la manifestación de los hijos de Dios.

¿Qué harás con lo que Dios te ha dado y por lo cual Jesús ha entregado su vida?

ANEXO

Matar al evangelista

En el mes de octubre de 2006, nos encontrábamos de campaña en la ciudad de Santa Fe. Fueron varios días de cruzada, en los que el Espíritu Santo se movió con gran poder, haciendo maravillas y milagros, sanando a los enfermos, libertando a los oprimidos por el diablo. Cientos de personas con ataduras espirituales, esclavizadas bajo yugos satánicos, con traumas, con heridas emocionales, castigadas, dolidas por el pecado, fueron transformadas en aquel lugar por la gloria de Dios, la vida, la luz y la llenura del Espíritu Santo. Recuerdo un día en particular, el penúltimo día de campaña. La noche presentaba un clima ideal, templado. Muchas personas habían asistido al Parque Federal de la ciudad de Santa Fe. Era el escenario perfecto para que miles se congregaran para oír el mensaje de salvación. Fue en ese ambiente de festejo y alegría, mientras el evangelista Carlos Annacondia daba un poderoso mensaje de vida y de esperanza, cuando apareció

de entre la multitud, atropellando y empujando a los presentes, un hombre musculoso, muy grande, tòtalmente enajenado, gritando y gruñendo como si fuera una bestia. Poseía una fuerza sobrenatural, provocada por la legión de demonios que controlaban su mente y su voluntad, que capturaba la atención de los presentes y los atemorizaba. Con sus manos, levantó a unos diez centímetros del piso la plataforma en donde se encontraba el evangelista, una estructura de hierro que pesaba mil quinientos kilos. La respuesta inmediata de todos los que se encontraban cerca fue retroceder y alejarse de aquella persona.

El evangelista, tomando autoridad en el nombre de Jesús, le dio la siguiente orden a los espíritus inmundos que operaban en aquella persona:

—¡Satanás, diablo, te ato en el nombre de Jesucristo de Nazaret.

Inmediatamente, las legiones que lo controlaban quedaron inmovilizadas. Durante el tiempo que restaba de predicación y para hacer el llamado al altar, la persona permaneció inmovilizada.

Cuando llegó el tiempo de la oración por liberación, mientras el evangelista reprendía los espíritus inmundos que estaban atando las mentes y los corazones, aquel hombre cayó al piso, dando varias vueltas. Los camilleros actuaron rápidamente y lo llevaron a la carpa de liberación, donde fue atendido.

Este hombre poseído por Satanás era un necesitado de Jesús. Necesitaba la libertad que solo Cristo le podía

otorgar. Los hermanos en la carpa de liberación, con la compasión, el amor y la autoridad de Jesús, lo ministraron. Él, luego de comprender su necesidad de salvación y libertad, arrepentido de todos sus pecados, comenzó a confesar y renunciar a cada uno de ellos: rompió los pactos que había hecho con Satanás; quebró las maldiciones familiares que ataban su vida; se desató de sacerdotes del ocultismo; renunció al odio, a la raíz de amargura, a sus pecados morales y a todos los hechos que lo ligaban a Satanás. Luego de varias horas de ministración, quedó total y absolutamente libre.

Con lágrimas en sus ojos, se acercó al evangelista para pedir perdón por lo que aquella noche había sucedido, avergonzado por lo que el diablo había hecho con su vida y por cómo lo había utilizado para que cumpliera sus objetivos. Contó que ese día, junto a su madre, que era una sacerdotisa de Satanás, habían hecho un pacto con el diablo, el cual le había entregado una orden específica: "Mata al evangelista". Pero lo que Satanás había encomendado para mal, esa noche Jesús lo transformó, para la gloria de Dios, en salvación y libertad.

—Hugo Alberto Basile
Pastor e integrante del equipo
Misión Cristiana Mensaje de Salvación

CAMPAÑA 1984

"Mar del Plata Jesús te ama"

En el año 1978, Dios me habló en forma personal diciéndome que nos iba a entregar la ciudad de Mar del Plata.

No entendía mucho, pero por fe comencé a orar y a ayunar una vez a la semana por esta carga que el Señor había puesto en mi corazón. Aún era un obrero de la iglesia y no se veía ningún síntoma a nivel de la ciudad de lo que Dios me había dicho que iba a suceder.

Año tras año, Dios siguió respaldando esta palabra y puso sueños y visiones también en otros hermanos, añadiendo que haría algo muy grande en la ciudad de Mar del Plata. Como respuesta a esto, realizábamos impactos evangelísticos, y seguíamos ayunando y preparándonos por fe para estar listos cuando llegara el cumplimiento de la promesa.

Hasta que un día escuchamos hablar de un hombre que Dios había levantado en la ciudad de La Plata, y a

través del cual Él obraba cosas sorprendentes. Viajamos con mucha expectativa. Queríamos ver lo que se decía que ocurría, y también saber si sería él la persona que Dios iba a usar para traer el avivamiento a nuestra ciudad.

Recibimos un impacto muy fuerte cuando vimos la campaña y, en forma personal, por la manera de ministrar y evangelizar. A partir de ese momento, comenzaron las tratativas para traerlo a la ciudad, cosa que no fue fácil, pues como requisito para llevar a cabo sus campañas él pedía la unidad en el cuerpo pastoral. Pero no todos los pastores lo conocían, y muchos no aceptaban su ministerio. Fue un trabajo de oración, de perseverancia. Y, finalmente, el 19 de octubre de 1984 comenzó en la Ciudad Feliz la campaña: "Mar del Plata, Jesús te ama", con el evangelista Carlos Annacondia.

Gracias a Dios, durante los preparativos del evento pude conocer en forma personal al hermano Carlos. En los comienzos de mi ministerio, fue impactante estar cerca de un siervo de Dios de este calibre. Pude compartir cenas y almuerzos con él, tiempo con su familia ejemplar. Me di cuenta de que Dios es soberano y hace como quiere, que a Él no le impresionan los títulos ni las credenciales. Pude percibir el corazón sensible de este hombre íntimamente ligado a Dios, con una carga por las almas perdidas que nunca había visto. Vi su compromiso, y reconocí la autoridad que tenía para liberación y el extraordinario don de fe y sanidad, que luego se manifestaba en sus campañas. Lo llamativo fue que todo iba

acompañado de una gran humildad y de una disposición a compartir y a dar todo lo que había recibido por gracia del Señor. Esto realmente me bendijo.

Su amistad y su ministerio transformaron mi vida. Él transmitía, y lo sigue haciendo, su ministerio a aquellos que estaban dispuestos a recibirlo y a usarlo en el servicio al Señor. Allí donde iba parecía traspasar a otros su misma unción.

Esto lo diferenció mucho de cualquier otro evangelista conocido hasta ese momento. Anteriormente, el evangelista llegaba a una ciudad, se realizaba el impacto y, una vez que se iba, el avivamiento parecía desaparecer. Pero con él fue diferente.

Gran cantidad de líderes y dirigentes cristianos suelen referirse de una manera natural al movimiento de Dios en sus ciudades como "antes de Annacondia" y "después de Annacondia". En esto, no fue una excepción la bendita ciudad de Mar del Plata. En el año 1978, yo veía la ciudad como un campo lleno de trigo preparado para la cosecha. A partir de 1984, ya no vi más el trigo levantado, sino caído; entendí que lo único que restaba hacer era cosechar y preparar los graneros para almacenar y retener los frutos. Aquel que saliera a las calles con el mandato de Dios de cosechar no volvería con las manos vacías. Y con la ayuda del Señor, eso fue lo que hice. Dios respondió y fue fiel.

El ministerio de Carlos Annacondia, más que el de ningún otro evangelista que yo haya conocido o estudiado, es un instrumento de Dios para aumentar la tasa de

crecimiento de las iglesias que participan en sus campañas. El Dr. Peter Wagner declara: "Durante más de veinte años de estudio de la evangelización urbana de campaña, nunca he escuchado testimonios tan constantes del ministerio de un solo evangelista". Y doy fe de que esto ocurrió en Mar del Plata.

Nunca vi a ningún otro evangelista de campañas que fuera tan agresivo confrontando los poderes demoníacos en público como él lo hizo. Y el poder y la unción que acompañaban sus reuniones eran imponentes. Se producían sanidades y milagros como en el libro de los Hechos. Nuestra ciudad fue muy afectada por esto.

He aquí algunos testimonios:

La hermana Rosa Colasanto, del barrio Centro, a quien se le había detectado un tumor cancerígeno en un pecho unos meses antes de que comenzara la campaña, en una de las reuniones de precampaña en las que predicó el hermano Carlos, cayó bajo el poder de Dios y fue sanada milagrosamente, sin que tuviera que continuar con ningún tipo de operación o tratamiento. Hoy, después de treinta años, sigue sirviendo al Señor y dando testimonio vivo de su poder.

A la señora Olga de Cosmano, del barrio Las Américas, Dios le hizo una prótesis de un material que parecía platino, que abarcaba gran parte del arco dental superior de la cara interna de las piezas dentales.

A Norma Ramírez, del barrio Florencio Sánchez, le desapareció un tumor situado entre la vejiga y la uretra.

Juliano Vilches, del barrio Libertad, fue sanado de epilepsia.

Fausto Reinoso, de 9 años, era sordo y recibió la audición instantáneamente.

Angélica Momoli fue sanada de tuberculosis y asma.

Y así podría seguir relatando infinidad de testimonios del poder y del amor de Dios. Incluso se supo de peatones desapercibidos que pasaban cerca de la reunión y que cayeron bajo el poder del Espíritu Santo.

El ministerio de Carlos Annacondia incorporó a nuestro persistente trabajo de evangelización un nuevo énfasis en guerra espiritual y liberación, desconocido para nosotros hasta ese momento: la proclamación del Evangelio no solo a las personas, sino también a los carceleros espirituales que las mantenían cautivas, ordenándoles que las dejaran libres.

Finalmente pude ver el cumplimiento de la palabra que Dios me había dado. No solamente nos entregó 83 054 personas, sino toda la ciudad. Durante estos treinta años, pudimos recoger los frutos con perseverancia y esfuerzo. En la actualidad, los resultados están a la vista.

En esa época éramos veinte iglesias. Hoy llegamos a doscientas. La cosecha continúa. Tenemos una reunión semanal en la comisión pastoral formada por catorce miembros y una reunión mensual con todas las iglesias.

En estos últimos diez años se han añadido pastores de

las ciudades vecinas. Podemos declarar que, aún hoy, continúan la salvación de las almas, la sanidad y los milagros. Pero, por sobre todo, la autoridad sobre el enemigo, por medio de la cual Dios nos da el poder de atar y desatar, y ver caer el reino de las tinieblas.

—Omar Olier
Pastor del Centro Cristiano Dios es Amor
Mar del Plata, Buenos Aires, Argentina

TESTIMONIOS

Restauración familiar

Cuando su madre tenía 14 años, quedó embarazada de un hombre mayor, que luego la abandonó; ella no quería saber nada con ese embarazo que la perjudicaba. Así comenzó la vida de Néstor, por eso no tiene recuerdos de amor o de felicidad en su niñez. Al cumplir los 5 años, la mamá se juntó con un hombre violento y golpeador que ya tenía un hijo. Néstor recuerda que ella siempre prefería a ese individuo en todas las cosas, y él se sentía abandonado dentro de su propio hogar, por segunda vez en la vida.

Sufría mucho porque su padrastro comenzó a maltratarlo en forma continua. Cualquier motivo era razón suficiente para que lo arrastrara por el piso tirándolo de los pelos y lo golpeara fuertemente en la cabeza; diariamente, era humillado con toda clase de insultos. En la escuela, durante las clases de gimnasia, tenía que justificar con los profesores los moretones en las piernas, producto de los golpes que recibía con el cable de la plancha.

Cuando tuvo 13 años, cansado de tanta violencia y maltrato, enfrentó a su padrastro y lo amenazó con levantarse por la noche para cortarle la cabeza con un cuchillo. A partir de ese momento, no fue más castigado. Pero su vida no mejoró: comenzó a salir de la casa y a vivir en las calles. Se hizo amigo de personas mayores que él, de entre 20 y 30 años; con ellos, entró en una etapa de decadencia. Buscando felicidad y tratando de escapar del triste pasado, visitó prostíbulos y practicó todo tipo de perversiones.

Luego encontró un buen trabajo y se puso de novio, pero en lugar de ser feliz, sentía una depresión muy profunda. Por eso, para poder enfrentar el día, tomaba dos litros de cerveza antes de salir de su hogar.

Periódicamente se hacía la misma pregunta: "¿Dónde estás Dios?". Observaba que todos a su alrededor tenían una familia normal, pero para él era algo imposible. No veía futuro para su vida, así que tomó la triste decisión de acabar con ella. Subió a un puente alto en la ciudad de Olavarría, donde él nació. Una voz interna le dijo: "¡Tírate, es la única forma de tener paz!", pero no pudo. También pensó muchas veces en cortarse las venas con un cuchillo de la panadería en la que trabajaba.

Al cumplir 19 años, su novia Mónica quedó embarazada. Él no quiso repetir los errores de sus padres, y por eso se casó. Pero, aunque intentó que las cosas funcionaran de manera diferente, pronto se dio cuenta de que la historia se repetía. Los dos primeros años de matrimonio

fueron solo discusión y violencia. Parecía que la única salida era la separación.

Mónica era la última de varios hermanos; siempre sintió que no había sido bien recibida, y experimentó rechazo. La falta de amor que notó durante su niñez hizo que fuera incapaz de ofrecer ningún tipo de afecto hacia los demás, y menos a su familia. Con 18 años de edad, no estaba preparada para ser esposa ni madre.

Pero un día, la hermana de Mónica los invitó a un almuerzo en la iglesia evangélica donde ella asistía. Al principio, Néstor no quiso saber nada, porque siempre se había sentido abandonado por Dios. Pero al fin, después de algo de insistencia, aceptó ir. Él recuerda: "Lo que me tocó fue el amor profundo que vi entre las personas que estaban allí presentes. Esa era la primera vez en mi vida que experimentaba algo así".

Poco tiempo después, comenzó una campaña evangelística en la ciudad de Azul. Sus nuevos amigos en la iglesia les decían a Néstor y Mónica que allí ocurrirían milagros, sanidades y cosas maravillosas de parte de Dios. Los dos decidieron ir, pero lo tomaron como un paseo; una salida con los miembros de la iglesia.

Al llegar al lugar, encontraron mucha gente que cantaba canciones alegres y alzaba los brazos. Luego de escuchar a Carlos Annacondia hablar del amor de Jesús, llegó el momento del llamado. Néstor y Mónica se miraron mutuamente, ambos sabían que si no pasaban adelante, luego de esa noche iban a separarse. No había otra salida

que aceptar a Jesús. Entonces tomados de la mano pasaron al frente y entregaron su vida al Señor. Decidieron darle la oportunidad a Dios para que los restaure y les dé un nuevo comienzo.

Hasta ese momento, Néstor siempre había culpado a otros por sus problemas, pero ahora, por primera vez, reconoció sus propios errores. "No recuerdo mucho del mensaje —comenta—, pero sí que el evangelista me decía: '¡Todos tus pecados son perdonados! ¡Dios no va a recordarlos nunca más!'. Y yo lo creí. Eso era lo que necesitaba".

Cuando Annacondia comenzó a orar, los dos cayeron al piso y quedaron tendidos por varios minutos. Al volver en sí, escucharon que hacía un llamado para servir al Señor. "¡Dios tiene grandes planes para tu vida!", dijo el evangelista. En ese momento, Néstor tomó la decisión de entregarse a Jesús para que Él hiciera como le pareciera bien. Sus palabras fueron: "¡Aquí estoy, úsame!".

"Me bañé en lágrimas", comenta. Durante los cincuenta kilómetros de regreso a la ciudad, al lado de su esposa, no dejó de llorar un solo minuto. Esa noche, en la que aceptó al Señor Jesús, fue el momento más feliz de su vida. Por primera vez, sintió gozo y paz en el corazón.

La visita a la campaña produjo un giro de ciento ochenta grados. Paso a paso, Dios restauró todas las cosas en su interior y en su matrimonio. El cambio fue inmediato. Recibió un amor profundo por Jesús y una gran convicción de pecado.

Su esposa también se fortaleció en la fe al ver el cambio tan significativo en Néstor. Siempre le habían fascinado las artes marciales, pero a partir de ese momento comprendió que tenía que dejar muchas cosas que no eran agradables a Dios.

Desde entonces, y a pesar de muchas pruebas, Néstor y Mónica no dejaron de servir al Señor. Hace veinticinco años que asisten a la misma iglesia donde escucharon por primera vez el mensaje del amor de Jesús, y ahora son pastores en aquel lugar. Tienen tres preciosas hijas que son profesionales, y también sirven al Señor.

"Durante muchos años creí que mi vida sería corta y triste —dice Néstor—, pero ahora entiendo que el hermano Annacondia tenía razón cuando me dijo: '¡Dios tiene grandes planes para ti!'".

Sanidad de sida

Burla, maldiciones, pronósticos de muerte y depresión fueron mis compañeros durante cinco largos años. No había ninguna esperanza para mí ni para el hijo que llevaba en el vientre. Eran los años noventa y la información acerca del HIV era muy escasa.

Vi morir a una amiga de este mal degenerativo que fue privándole, uno a uno, de sus sentidos. Había contemplado los rostros de sus hijos, confusos por la muerte inminente. Para mí, ya no habría Navidades ni Años Nuevos, y mi hijo no conocería a quien lo amó tanto.

Alguna vez, alguien me habló de las campañas del ministerio Mensaje de Salvación donde muchos eran sanados y libertados; desde ese día, insistentemente, preguntaba: "¿Hay campañas?, ¿cuándo hay campañas?". Finalmente, una amiga se apiadó de mí y me llevó. Con mis fuerzas casi extintas, llegué a una Cruzada del hermano Carlos Annacondia en Moreno, allá por el año 1999.

La mano poderosa de Jesús se posó sobre mí en el altar, y abrí las puertas de mi corazón de par en par para recibir una salvación tan grande. El evangelista oró y puso su mano sobre mi cabeza; en ese instante recibí paz, mi mente se tornó más clara y supe que algo había sucedido.

Pocos días después Joel, el hijo tan amado, nació. Jamás podré olvidar la infinita felicidad que sentí al saber que era completamente sano. Había un futuro de esperanza y vida para él, del cual aún no me sentía partícipe. Es que, en profundo contraste con su realidad, yo cada vez recibía dosis más altas de una medicación violenta que escaseaba.

Nuevamente me invitaron a una Cruzada y me aventuré con mi pequeño hijo a un largo viaje con la esperanza de asir el milagro. Aun antes de bajar del colectivo que nos llevó, se escuchaban las alabanzas, coros de esperanza y fe. Unos aplaudían, otros adoraban a Dios y muchos testificaban de lo que Jesús ya había hecho en sus vidas.

Esa noche, en los labios del evangelista Carlos Annacondia, el ciego Bartimeo alzaba su voz clamando por sanidad: *"¡Jesús, hijo de David, ten compasión de mí!"*. Un

ruego idéntico al mío, una profunda súplica ahogada en lágrimas y gemidos. Apenas me había acercado un poco a la plataforma, y oí decir: "¡Ven, que Jesús te llama!". Corrí con desesperación entre la multitud con mi bebé en brazos, me arrodillé y oré con todas las fuerzas. Jesús estaba allí; nuevamente la Vida inclinó su oído a mi clamor y la enfermedad que ponía fin a mis sueños se desvaneció.

Muchas fueron las pruebas y estudios que me practicaron a fin de hallar el virus y seguir tratándome, ¡pero no hay rastros del sida en mí! Ya pasaron más de diez años y no volví a necesitar ningún tratamiento. Las defensas bajas son parte del pasado.

Lo que viví dista mucho de ser una mera experiencia emotiva. Llevo plasmado en mí el poder sanador y restaurador de Jesucristo. Nunca me sentí más plena que hoy.

Mi esposo y mi hijo mayor conocieron el poder de Dios y también los médicos constataron la completa sanidad. Amigos y vecinos que presenciaron mis oscuras jornadas no pueden más que reconocer a Jesucristo y su gracia que obró para salvación y sanidad.

Hace tiempo fui bautizada, y en la actualidad me congrego en una iglesia en Ciudadela. Colaboro en un programa radial y diariamente testifico lo que Jesús hizo en mi vida. Ahora es a mí a quien preguntan insistentemente: "Sandra, ¿hay campañas?", "¿cuándo hay campañas?".

Testimonio de liberación

"Un día vas a servir al Señor". Estas fueron las palabras que dieron comienzo al cambio profundo que el Señor Jesús trajo en la vida de Margarita. Un barrendero, que siempre limpiaba la calle enfrente de su casa, se detuvo un día para hablarle de algo que Jesús quería hacer con ella.

—¡Vos vas a servir al Señor! —le dijo insistentemente, algo que, por su condición desesperada, le costó mucho creer, y a lo cual contestó con una risa burlona, incrédula. Pero este hombre siguió diciendo que el Señor tenía un plan para Margarita y que un día sería una sierva de Dios.

Que alguien se acercara y le dijera que de ella podía surgir algo bueno no era cosa que escuchara todos los días; por eso no podía creer que fuera verdad. Desde que Margarita tenía memoria, su vida había sido sufrimiento y dolor. Vivió su niñez en un hogar en el cual nadie hubiera deseado crecer. Su madre, su hermana y ella, día tras día, eran víctimas de la destrucción que producen en una familia las drogas y el alcohol. Mientras su padre se ausentaba de la casa, podían estar tranquilas, aunque siempre expectantes del momento en que regresara, porque sabían que allí comenzaría el sufrimiento. La madre de Margarita, angustiada por las experiencias que el padre alcoholizado y bajo el efecto de las drogas les hacía vivir, escondía a sus hijas para que él no las encontrara. Pero descubrirlas era cuestión de tiempo;

luego de amenazarla y golpearla fuertemente, él ultrajaba y abusaba de las niñas.

A pesar de ser pequeña, la vida de Margarita ya era un calvario. A muy corta edad, comenzó a escuchar en su interior una voz que la aturdía y la incitaba constantemente, diciéndole: "¡Mátate, mátate!". Tan grande era el sufrimiento y tan fuerte la voz que la acosaba que un día, estando recostada en su habitación, encendió el colchón de su cama para quedar atrapada por las llamas. Pero, para su lamento, los bomberos llegaron a tiempo y lograron controlar el fuego. Su infancia fue la peor pesadilla que alguien pueda imaginarse.

Cansada de vivir angustiada y presa del miedo, cuando Margarita tenía 5 años, su madre decidió escaparse junto con las niñas del pueblo donde habían nacido; fueron a vivir a otra ciudad de México, esperando que las cosas mejorasen. Aunque alejarse de su padre les produjo un gran alivio, las cosas no cambiaron por completo, sino que el dolor siguió en aumento. La madre de Margarita debía salir a trabajar todos los días para poder sostener a sus hijas. Durante ese tiempo, las niñas quedaban solas en una habitación pequeña, encerradas bajo llave para que nadie pudiera hacerles daño. Luego, preocupada por ellas, consiguió que una tía se quedara y pudiera cuidarlas. Lo que no sabía era que las niñas comenzarían a vivir nuevamente situaciones de dolor y sufrimiento, porque debían presenciar las orgías que su tía practicaba con distintos hombres dentro de aquella habitación.

Luego de un tiempo, la única persona que parecía amar a Margarita y a su hermana, la madre, también las abandonó. Tuvieron que regresar forzosamente al pueblo natal, y lo peor, quedar nuevamente al cuidado del padre, expuestas al abuso, al maltrato y la aflicción. Otra vez el terror volvió a apoderarse de Margarita, pues el padre nunca la miraba como a su hija, una pequeña niña, sino como a una mujer que utilizaba para satisfacer sus deseos, volviéndola nuevamente víctima de sus ultrajes.

Al cabo de un tiempo, cuando Margarita tenía 15 años, se encontró con la sorpresa de que la mamá había regresado a buscarlas. Pero ahora no estaba sola, sino que había formado otra familia, junto al esposo y un niño recién nacido, fruto del nuevo matrimonio. Intentar vivir todos unidos fue algo muy difícil porque Margarita y su hermana no encajaban dentro de este nuevo hogar, y su madre solo tenía tiempo para el bebé.

Ya con 17 años, Margarita pensó que formando su propia familia las cosas mejorarían y que podría comenzar de nuevo. Así fue como se casó con un muchacho, no por estar enamorada, sino para intentar escapar de un hogar triste y de un pasado de angustia y dolor. Pero las cadenas que arrastraba desde la niñez aún seguían apresándole la vida. Buscando una salida, con su esposo fueron a vivir a los Estados Unidos. Pero nada cambió. Al darse cuenta de que formar un hogar, tener marido e hijos no había

modificado su realidad, salió a la calle, con la misma idea que la perseguía desde su niñez: quitarse la vida.

En ese intento se encontraba, cuando un vecino le ofreció algo que ella pensó que podía ser una solución. Fue así como accedió a acompañarlo a un lugar extraño, donde, lejos de brindarle una salida, quisieron involucrarla en un rito de ocultismo; esto la asustó mucho, y pudo escapar antes de que la ultrajaran nuevamente.

Cansada de la existencia y de buscar aparentes soluciones en todo lo que le habían ofrecido, después de gastar todo su dinero en parapsicólogos y brujos, luego de intentar varias veces quitarse la vida sin poder concretarlo, pensando que ya nada podía transformarla, recordó aquellas palabras que el barrendero le había dicho: "¡Vas a servir al Señor!". Inmediatamente y con lágrimas de desesperación, Margarita se arrodilló en su cuarto y comenzó a decir esta oración: "¡Señor Jesús, si es verdad que existes y si estás conmigo entra en mi vida! ¡Cámbiame, necesito tu amor, porque nadie hasta ahora me lo ha podido brindar! ¡Ya no quiero seguir así!".

En eso momento, sintió un toque de Dios, un cambio: era otra persona. Al ver a su esposo sintió amor, lo vio distinto, por primera vez le pareció hermoso. Pensaba: "¡Que lindos son los hijos que me ha dado Dios! ¡Qué hermosa familia tengo!".

Desde aquel mismo día, el Señor comenzó a restaurarla; empezó a congregarse en una iglesia; el amor de Dios inundó su hogar, y muchas cosas fueron transformadas.

Pero, aunque el cambio era evidente, aún Margarita no podía ser libre del pasado. Las cosas que había vivido eran tan fuertes que no dejaban de atormentarla. Los recuerdos le producían mucha angustia. Después de dos años de conocer al Señor y permitirle entrar en su vida, Margarita y los suyos fueron invitados a una iglesia en donde asistirían dos hermanos de la Argentina, del ministerio Mensaje de Salvación, para orar por liberación. Al principio, pensó que no sería bueno ir a esa reunión, pero luego el Señor le habló y le dijo:

—Te necesito en este nuevo lugar. Tengo algo para ti.

Así que, obedeciendo la voz de Dios, fueron a aquella reunión. Cuando los hermanos comenzaron a enseñar sobre liberación, vino a su mente un pensamiento de rechazo, y dijo:

—No necesito esto. ¡Dios ya me ha perdonado!

Pero, a pesar de sus dudas, pidió oración para librarse del pasado y accedió a ser ministrada. Luego de renunciar a todos sus pecados, al odio y al rencor hacia aquellos que tanto mal le habían causado, Margarita sintió la libertad completa de sus cadenas.

Después de algunos años de haber sido ministrada, ella explica:

Ahora entiendo lo que se necesita para ser libre. Tuve que renunciar en el nombre de Jesús a mis pecados del pasado, a la amargura y el odio, a todas las impurezas. Ahora entiendo por qué la Biblia dice: *"Por falta de conocimiento mi pueblo ha sido destruido"* (Oseas 4:6). Estoy

inmensamente agradecida de que el Señor nos haya llevado a mí y a mi marido al lugar de la liberación. Soy libre para la gloria de Dios. ¡Jesús restauró mi vida y mi familia, y ahora juntos estamos sirviéndole! ¡Gloria a Dios! ¡La palabra del barrendero se cumplió!".